

vr vida religiosa

Julio-septiembre 2023-número 7 vol.135



**Permitir
que la Gracia fluya**

**El cambio está en la formación
y el pensamiento**

Vivir a la espera de Dios

Monasterio benedictino Santa María de Carbajal



Casa
Espiritualidad
Subiaco

Como expresión de nuestro carisma benedictino, que tiene la acogida como valor fundamental, te presentamos la «Casa de espiritualidad Subiaco» (CES). A través de ella queremos recibir a los huéspedes «como a Cristo en persona» (Regla de S. Benito 53, 1).

Ofrecemos, a todo tipo de personas y grupos un espacio de silencio, reflexión y oración, retirado de las actividades cotidianas.

Para ello se dispone de espacios variados: 10 habitaciones –8 individuales y 2 dobles, todas con baño-, comedor, cocina, oratorio, salas de reunión, terraza, huerta, claustro, capilla e iglesia.

La comunidad ofrece además a los huéspedes la posibilidad de compartir su oración litúrgica, encuentros con las hermanas y diferentes cursos y talleres: Taller de liturgia y canto gregoriano (del 30.06 al 02.07), I Semana: "Conoce nuestra comunidad benedictina" (del 17.07 al 22.07), Día de desierto (del 08.09 al 10.09).

El donativo por el alojamiento en pensión completa es de 57€ por persona y día.

Para grupos, consultar condiciones.

Puede contactar con nosotras a través de:

www.monjasyvocacion.es,

benedictinasdeleon@gmail.com, en el teléfono 657786301

o en la Plaza Santa María del Camino, 7. 24003, León.



"A todos los huéspedes su les
acogerá como a
Cristo"

EDITORIAL



L. A. Gonzalo Díez
DIRECTOR
DE VIDA RELIGIOSA

Permitir que la Gracia fluya

No son pocos (y pocas) los que se aventuran a ofrecer soluciones. Estrategas que van formulando sus visiones de cómo salir de una crisis que, por momentos, se hace más palpable y en algunas comunidades y congregaciones, angustiosa. Personalmente creo que quienes a esto se aventuran, ellos mismos saben que lo que proponen no tiene más recorrido que el de la ocurrencia, o más duración que una fruta de temporada.

Desde mi punto de vista, la vida consagrada está en el momento perfecto para posibilitar que fluya la Gracia. Por vez primera está «palpando» que no lo puede todo y que su única fuerza es lo que espera. Hasta ahora todos los procesos de reorganización emprendidos han tenido más cara de co-

pia que de original; más de reedición que de innovación. Esto está cambiando sensiblemente. Los modelos del ayer están «colgados en la pared» haciendo historia, no deambulando por la vida. El lienzo está, más o menos sin manchas, esperando unos trazos inspirados, nuevos, del Espíritu.

En espacios tendentes a recrear la hiper fortaleza de la historia, como la vida consagrada, es necesario reconocernos en un lienzo limpio, capaz de reflejar lo que el arte del Espíritu quiera para este presente. Pero siempre con cuidado, inspiración y arte. Nada más triste que obligar al arte a ser de un modo concreto. El arte es libre. Inspirado. Nuevo. Sorprendente. El arte, cuando lo es, no deja a nadie indiferente. Te obliga a pensar, te posiciona y sitúa.

Siempre ha habido y habrá personas que se desconciertan ante la libertad del arte. Hombres y mujeres que solo saben valorar lo que está pactado, tasado, acordado y equilibrado. Seguramente —con poco arte— hemos contribuido a crear esos estilos y personalidades... Seguramente, también, algunos y algunas, ya venían de casa con el arte y el amor medido, y encontraron en la vida consagrada su lugar perfecto para caminar sin problemas, porque entendían y entendieron —por miedo— que esto nuestro era un «camino muy estrecho» de espacios milimétricamente medidos.

Esta realidad plural de la vida consagrada, donde habitan algunos con «vocación» de copistas más que de artistas; donde algunos y algunas permanecen en un sueño para

el que no encuentran amañecer, y donde, otros y otras han descubierto la consagración en unas relaciones humanas intensas, horizontales y sencillas. Donde quizá convivan, nostálgicos, transeúntes (consagrados de paso y otros que pasan); anónimos y anónimas, que hace mucho que no expresan su identidad; jóvenes mayores, y mayores jóvenes... Algún trapeicista entre lo nuevo y lo viejo, y muchos y muchas que destilan esperanza... Es un pueblo de todos y de todo, y esta es la realidad de los consagrados que siguen hoy al Jesús de la historia, al Cristo de la fe.

Estos son los que se enfrentan a la necesidad de plas-

mar, con arte, cómo es y cómo significa la vida consagrada de nuestro tiempo. Son un grupo «poliédrico», sensible y en tensión... Al ponerse ante el lienzo, a penas toman los pinceles, no saben exactamente qué es más urgente, si dibujar lo que quieren mostrar para que otros vivan, o lo que necesitan vivir, para proclamar que están vivos. Por eso es necesario dejar que la Gracia fluya. ¡Que llegue la inspiración! Es un cuadro, el que se ha de pintar, que necesariamente ha de tener grabado a fuego qué vive nuestro mundo para que la obra responda a la realidad; pero ha de ser también un lienzo plural, abierto, con colores sua-

ves y muchos, para que refleje bien el estilo de los artistas. Y es que los consagrados de nuestro tiempo son hombres y mujeres que al «pintar» su felicidad, están ofreciendo al mundo el sueño más original de un Dios que siempre creyó en el arte de la humanidad. Siempre creyó en sus hijos que, en cada corazón y búsqueda, destilan alma de artista. Y los consagrados, no son otros que aquellos que descubren que en cada persona hay arte, semilla, germen del amor inconfundible de Dios. Por eso, dejan que la Gracia fluya... no la fuerzan. La contemplan y con su estilo de vida la ofrecen. Eso sí, con arte.

Nuestra portada

Se trata de un grupo de pinceles. Están usados. «Tienen vida». Responden a cometidos diversos y trazos diferentes. Todos necesarios para que la «obra» sea completa y llegue a ser arte. Nos sirve para pensar en la vida consagrada y en sus urgencias mayores, que no son disposiciones ni normas, sino libertad y arte para que la Gracia fluya y se renueve la vida.

Frente a la tensión por crear organización se impone la necesidad de propiciar oxígeno.

Volumen 135. N° 7 Julio-septiembre 2023



Dirección: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid

www.vidareligiosa.es

Redacción: Tel.: 915 401 262 - WhatsApp: +34 676 25 67 05 - e-mail: secretaria@vidareligiosa.es

Suscripciones: Tel.: 915 401 238 - e-mail: suscripciones@vidareligiosa.es

Precios: España y Unión Europea: 63 euros (IVA incluido).

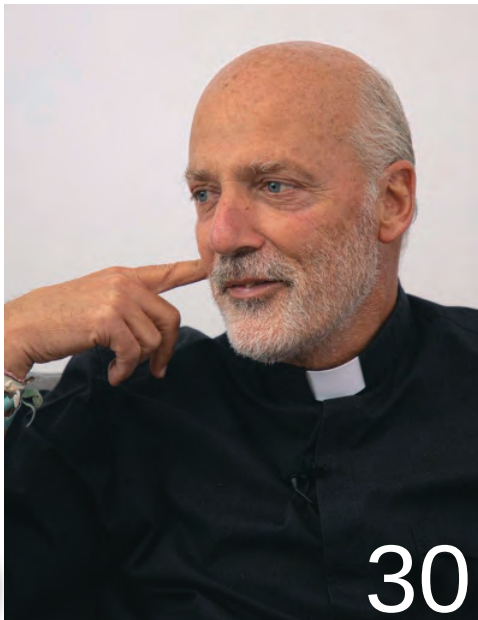
Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 94 euros ó 102\$ USD.

Otras naciones: 67 euros ó 72\$ USD. Números sueltos: 4 euros ó 4,50 \$ USD + gastos de envío.

Índice



19



30



20



29

- 04** En camino, Alberto Ares
- 05** El cambio está en la formación
y el pensamiento, Luis A. Gonzalo
- 12** Femenino singular, Cristina Inogés
- 13** Vivir a la espera de Dios,
Bonifacio Fernández
- 19** Guardad vuestro corazón, Anna S. Boira
- 20** Hablando en dialecto,
Dolores Aleixandre
- 21** Retiro: Discípulos desde el
compromiso con la vulnerabilidad (II),
Miguel Tombilla

- 29** Vivir es así de simple,
José Tolentino de Mendonça
- 30** Más que una foto: José Pedro Manglano,
Carlos González
- 40** La vida humana entre la razón y la pasión,
Enrique Gervilla
- 44** A vueltas con el liderazgo,
Gonzalo Fernández
- 46** Lecturas recomendadas,
Francisco Javier Caballero
- 48** La sonrisa en la mirada,
Jorge A. Sierra

Edita: Misioneros Hijos del Corazón de María (Claretianos)

Director: Luis A. Gonzalo Díez

Subdirector: Pedro Sarmiento

Consejo de Dirección: José Cristo Rey García

Consejo de Redacción: Asunción Codes, Luis González-Carvajal, Félix Martínez Lozano, M^a Luisa González,

Joaquim Erra i Mas, Segundo L. Pérez, Francisco J. Caballero - Depósito Legal: M-2.582-1.958 ISSN: 0211-9749

Maquetación y diseño: M^a Ángeles González, Araceli López-Pastor, Pedro M. Sarmiento

Foto de portada Pixabay- Imprime: Din Impresores.



Una política de la esperanza

Alberto Ares

DIRECTOR DEL SERVICIO JESUITA A REFUGIADOS
JRS EUROPA

Quizás ha ocurrido en muchos momentos de la historia, pero hoy percibimos con cierta perplejidad la incertidumbre y complejidad.

El sociólogo Zygmunt Bauman bautiza esta sociedad como líquida, caracterizada por el fin del compromiso mutuo y las relaciones interpersonales efímeras, una economía del exceso, el consumismo y los desechos, una creciente inestabilidad laboral, una fragmentación de la identidad, una fuerte sobredosis de información sin filtro, y una falta de credibilidad de los modelos educativos.

Un caldo de cultivo para que los populismos o las meras leyes del mercado, puedan regir el futuro de nuestras vidas. Lo describe muy bien el papa Francisco en *Fratelli Tutti*. “El desprecio de los débiles puede esconderse en formas populistas, que los utilizan demagógicamente

para sus fines, o en formas liberales al servicio de los intereses económicos de los poderosos. En ambos casos se advierte la dificultad para pensar un mundo abierto que tenga lugar para todos, que incorpore a los más débiles y que respete las diversas culturas” [155].

Hoy más que nunca la política cobra una importancia crucial, “para hacer posible el desarrollo de una comunidad mundial, capaz de realizar la fraternidad a partir de pueblos y naciones que vivan la amistad social, hace falta la mejor política puesta al servicio del verdadero bien común” [154].

En épocas de campañas electorales y de discernimiento responsable sobre nuestro voto puede surgir una doble reflexión. Primero un cuestionamiento a nuestros políticos en el camino para construir una propuesta esperanzadora: “¿Cuánto amor puse en mi trabajo, en qué hice avanzar al pueblo,

qué marca dejé en la vida de la sociedad, qué lazos reales construí, qué fuerzas positivas desaté, cuánta paz social sembré, qué provoqué en el lugar que se me encomendó?” [20]. La grandeza política se muestra con más fuerza, cuando en momentos difíciles, nos guiamos por grandes principios y pensando en el bien común a largo plazo.

La segunda reflexión tiene que ver con cada una de nosotras y nosotros. Todos sabemos que el voto es un derecho, pero también una responsabilidad. Eso implica que como ciudadanos estamos llamados a tomar una decisión consciente e informada, especialmente importante en este tiempo de incertidumbre.

Una política que ponga en el centro a las personas, especialmente a las más vulnerables, donde se viva el poder como servicio, y donde caminemos hacia el bien común.



El cambio está en la formación y el pensamiento

Si hay algo llamativo en la vida consagrada es su capacidad para reponerse, con mucha frecuencia, ante las inclemencias del tiempo. Deberíamos recordarlo cuando nos sorprendemos perdiendo la paz ante las circunstancias adversas que a veces nos toca vivir

Luis A. Gonzalo Díez, cmf

Director de VR

Son tiempos particularmente complejos para las diferentes familias de vida consagrada. Estructuras grandes con propuestas de evangelización que necesitan una profunda transformación; cuerpos congregacionales envejecidos que «siguen

haciendo» pero con evidente «paso lento» frente al vértigo con el que se desencadenan los acontecimientos; pocos ingresos de personas jóvenes, que lejos de rejuvenecer la propuesta carismática de la congregación, quedan diluidos o diluidas en el «sistema»

y, a veces, propician miradas nostálgicas sobre la misión; un compromiso con la misión compartida y la familia carismática bien articulado en los textos, pero atemorizado en las decisiones por miedo a perder poder; una reorganización ralentizada por temor a la movilidad y muchas veces deudora no tanto de un «sueño profético», cuanto de «salvar los muebles», aunque sea por unos años más...

Se trata de indicadores, más que evidentes, que nos obligan no solo a cambiar el paso, nos obligan a cambiar la vida. Y ahí estamos. Y lo que pudiera parecer un presagio de calamidades es, para mí, un presagio de oportunidades. Porque, este tiempo social y eclesial es un tiempo muy oportuno para la novedad del Espíritu.

MIRAR LEJOS Y MIRAR BIEN

Lo peor en las situaciones de crisis es conformarse con la recopilación de datos. Tenemos sumarios inmensos de problemas catalogados. Hay expertos y expertas, perfeccionistas en extremo, que con el ánimo de buscar el bien, solo señalan los aspectos negativos, convirtiendo la mirada siempre en una expresión huraña, intimista, microscópica.

Las circunstancias piden, hoy más que nunca, levantar la mirada, ver con amplitud y, sobre todo, situar la vida consagrada en un contexto eclesiológico amplio, en una visión de humanidad que nos permita reconocer y señalar las líneas fuerza de Reino donde va a estar la verdadera luz. Es quizá la pretensión más honda del proceso sinodal en el que nos encontramos como comunidad cristiana, en la que también la vida con-

sagrada, por supuesto, tiene que implicarse, creer y convertirse en este presente.

No son tiempos para conformarse con la visión del pequeño relato de la propia congregación. Con frecuencia con la loable intención de crear cuerpo congregacional, reforzamos la visión miope de un «islote» en medio de un inmenso océano.

Ampliar la visión, oxigena el sentido evangélico de Alianza, reduce sensiblemente el combate cainita que pueda haberse gestado, y abre la expectativa de sentido de misión a las generaciones que necesitan, objetivamente, más oxígeno para encontrar el sentido de su consagración. Lo *inter* no devalúa la pertenencia, la sitúa. Por supuesto no apaga lo carismático, lo ilumina... No destruye la comunión, la fundamenta. No diluye el sentido de familia, le da sentido.

Se percibe que la situación de inclemencia exterior está propiciando que se refuercen vínculos de pertenencia un tanto artificiales y superpuestos.

Se trata de estilos «de liderazgo» que propician una pertenencia que en realidad es dependencia por miedo. Por supuesto, no buscan elementos que favorezcan un discernimiento para la misión. La mística de la comunión que contribuye a una fecunda pasión por la misión no se logra mediante «ritos externos de pertenencia» en los cuales la persona no se siente involucrada, comprendida o necesaria... Es imprescindible abrazar, de una buena vez, la pluralidad de las personas para entender los carismas como dones –también plurales– y, como gusta reiterar a nuestro Papa, signos del poliedro en el cual el Espíritu se expresa con fecundidad.

No se trata de cambiar el paso, hay que cambiar la vida



Por tanto, la vida consagrada tiene que superar la tentación del microscopio, para mirar lejos y mirar bien cuál telescopio y entender su sentido y razón de ser como expresión de un inconfundible compromiso de Dios con la humanidad en una Alianza que jamás romperá.

DEJARNOS MIRAR POR UNA REALIDAD QUE TAMBIÉN AMA

Superar la «visión doméstica» de la vida y misión de los consagrados nos desplaza hacia las calles. El lugar donde están las mujeres y los hombres de nuestro tiempo tratando de encontrar una vida con sentido. Es una realidad compleja, plural, multicultural, poliédrica que también nos mira... y nos ama.

La vida consagrada nació para el riesgo y para mostrar que la vulnerabilidad de

mujeres y hombres que se arriesgan por el Evangelio es el mejor modo de anunciar el Reino. Nació para la confianza en la humanidad; nació para mirar el bien de frente y no temerlo. Nació para reconocer que donde abundó el pecado, con más fuerza sobreaabundó la gracia. A lo largo de la historia unos cuantos hombres y mujeres cantaron la gloria de Dios desde una vivencia comprometida con los consejos evangélicos, y lo hicieron con alegría. También en los momentos delicados de la historia, cuando las crisis se convirtieron en guerras, los consagrados supieron ser la voz y las vidas que a todos reconocían y, por tanto, con equidad reivindicaron la paz.

No existe la vida consagrada a la defensiva o posicionada ideológicamente. No existe la vida consagrada que cree que está siempre en posesión de la verdad. No existe



la vida consagrada que solo reconoce el valor de quienes la adulan o agasajan. La vida consagrada es un don de Dios a su pueblo, es para todos. También para quienes no la comprenden o valoran. Es una vida consagrada que no tiene miedo a dejarse mirar, a veces muy críticamente, por sus conciudadanos. Sabe que el seguimiento de Jesús, que se propone como máxima primera, exige esa libertad y el riesgo de que, a quienes pretende servir, se muestren con ella especialmente críticos, negativos o exigentes.

Frecuentemente pretendemos encontrar respuesta a la situación que vivimos mirándonos únicamente a nosotros y nuestras circunstancias. El camino para nuestro tiempo exige, sin embargo, dejarnos contemplar por el entorno. Escuchar qué se dice y qué se nos dice. No intentar justificar, mucho menos atacar, y tampoco defendernos...

Escuchar, percibiendo en lo que oímos signos de la claridad del Espíritu que tanto anhelamos.

DEJARNOS MIRAR EN NUESTRA HUMANIDAD

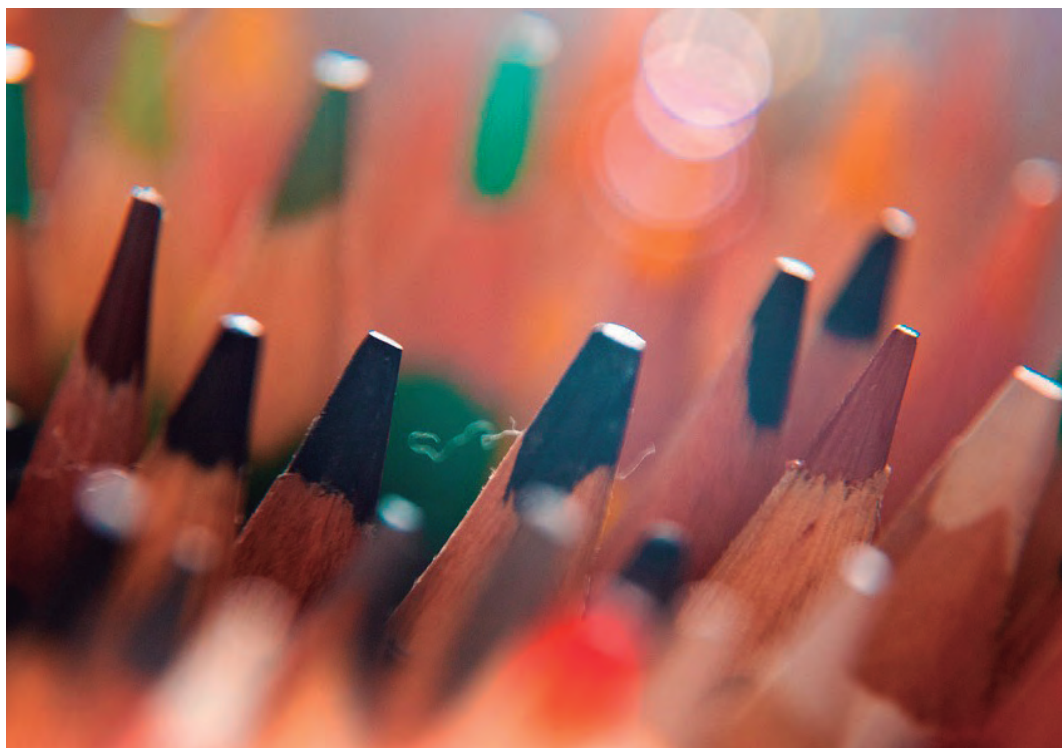
Pocas expresiones nos gustan tanto como reconocernos «vasijas de barro» (2Cor 4,7). Sin embargo, hemos de dar el salto poético de la vasija de barro como icono, al reconocimiento de la humanidad que somos, también rota cual vasija, para empezar a vivir la experiencia de consagración como todo Gracia... Que, por supuesto, no es una experiencia de superación y rigor propio de solteras y solteros muy «ocupados en sus cosas».

Nuestro itinerario formativo como consagrados ha sido, en conjunto, muy bueno. Hemos adquirido destrezas incuestionables en el sentido del deber, la atención al bien

común, la mirada sobrenatural sobre los bienes... Hemos aprendido a «hacer cosas juntos» y, me atrevería a decir, con sentido de responsabilidad. Nuestros itinerarios formativos en clave afectiva, han sido, sin embargo, muy débiles y mejorables. Quizá deudores de tiempos donde las promociones eran grandes, quizá por falta de formación confundiendo más que iluminando la moralidad y la maduración humana... Lo cierto es que la integración afectiva tan deseada y deseable es una asignatura de «libre configuración» que cada uno ha ido cursando en la «universidad de la vida», según su parecer o posibilidad. No nos engañemos, dependiendo de lo asumido que tengamos quiénes somos, qué queremos y cómo amamos, se teje nuestra espiritualidad y misión configurada como una expresión de discípulos o como una compensación que nos

serena como espejismo de una aparente realización personal.

Sin duda alguna, el episodio (o más que episodio) de los abusos, con todas sus ramificaciones y vectores destructivos, es una coyuntura de la que podemos salir fortalecidos como consagrados. Pero para ello hemos de asumir que algunos estilos de formación y convivencia; algunos cuidados aparentes no han servido para un adecuado discernimiento en el que la persona se sepa y se necesite hijo de Dios. Y jamás se deben reeditar. La salida es aprender a crecer, a poner nombre al desarrollo antropológico, aprender a dialogar, a compartir realmente la vida y los sentimientos... Tarea nada fácil, entre otras cosas por la debilidad manifiesta de los espacios comunitarios. Constatamos que puede haber un número significativo de consagrados que no han



sido «protagonistas» de su proceso, y solo han aprendido a moverse en el marco de unas normas que «casi obligan a Dios qué decir y qué callar».

Dejarnos mirar en la humanidad posibilita, sobre todo, reconocer la Gracia. La vida consagrada jamás puede o debe presentarse como un cuerpo perfecto, sino

como un cuerpo en búsqueda y ahí está su valor. Jamás se cansa de buscar a Dios presente en todas las obras de la creación, en todo gesto humano que apunta a la solidaridad, la bonhomía o la transformación social. La vida consagrada no es el reducto de los perfectos o perfectas, es el lugar de quienes han puesto por encima de cualquier otro criterio de valoración, las bienaventuranzas. Y desde ellas, el reconocimiento de la propia debilidad como lugar propicio para que se manifieste que todo es Gracia, que todo es posible, porque su raíz vocacional se la da Jesús cuando afirma: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores” (Lc 5,32).

APRENDER A MIRARNOS

Pero, sin duda, el gran reto de nuestro tiempo es aprender a mirarnos... y valorarnos. Es muy preocupante seguir formulando grandes titulares de complementariedad y comunión desde realidades comunitarias profundamente fragmentadas. Aprender a mirarnos no es solo un gesto de voluntad, es un principio de fe. No es seguro que en el corazón de las congregaciones se crea en la vocación de sus miembros. No es infrecuente que comunidades muy solícitas suplicando al *Dueño de la mies*, se olviden

de que en su propia comunidad hay habitantes, obreros y obreras de la mies, que necesitan que se ore por ellos y ellas, necesitan aliento, reconocimiento y acción de

gracias. Una comunidad que no se contemple, que no se mire con misericordia, no es comunidad. Es un espacio organizado que solo anuncia el triunfo del

orden, la soltería y la esterilidad. No basta con exhortar a las comunidades para que aprendan a mirarse. Hemos de trabajar con firmeza para que así sea. Hay que cuidar su liderazgo, composición, su visión, su sentido de misión y su identificación con el contexto. Comunidad y misión se exigen y necesitan; no existe la vida comunitaria, en la vida consagrada apostólica, sin misión en todos sus integrantes. El sistema distributivo en el que hemos caído desemboca en hombres y mujeres *superocupados* que no quieren renunciar a su ocupación, viviendo en paralelo con un número notable de hombres y mujeres «en paro» que viven del recuerdo de lo que hicieron y lo que fueron en un ayer que constantemente traen al presente. Unos y otros; unas y otras necesitan tiempos de calidad para mirarse a los ojos. Acontecimientos que desencadenen experiencias fundantes de comunión. Momentos transcendentales que los vinculen y las vinculen para hacer de los espacios comunitarios paradigmas creíbles de fraternidad, gérmenes transformadores que evoquen, en medio de la orfandad social, que es posible la sociedad justa, el cuidado sincero de los demás y los vínculos reales y duraderos.

En este sentido, y siguiendo la máxima donde afirmábamos la necesidad de dejar-

Una comunidad que no se mire con misericordia, no es comunidad

nos mirar por el entorno, el pensamiento cultural del siglo XXI es muy gráfico al respecto. «De la misma manera que no tiene sentido luchar por un árbol enfermo que produce espinas en lugar de frutos, también carece de sentido luchar por un templo defectuoso que genera enemistad en lugar de armonía»¹. Son necesarias en nuestro mundo, comunidades donde las personas sepan mirarse a los ojos, emprender un camino apasionado por una causa de transformación y vivan, sin artificio, la misericordia y el perdón. Esas tienen algo que decir y ofrecen transformación.

LA VIDA CONSAGRADA NO ES UN VALOR DE MERCADO

Y desgraciadamente se nos puede olvidar. La vida consagrada pertenece a la ofrenda de Dios. A la Gracia sin medida. A la exageración del Reino. Es una propuesta que excede todo cálculo porque su articulación y esencia se inscriben en principios estrictamente espirituales. Lo suyo no es ser práctica, aunque sus manos sanen o eduquen; lo suyo no es la producción, aunque su compromiso es que los bienes adquieran una distribución justa; lo suyo no es ser solución, aunque estará siempre al lado de quienes sueñan y trabajan por ella... La vida consagrada es imprescindible para que la humanidad no se distancie del sueño de Dios. Se inscribe en la poesía de la vida, donde parece que todo es exceso, pero sin ella, la vida se queda sin oxígeno.

Cuando algunos consagrados se vuelven eminentemente prácticos, calculadores y fríos... el peligro puede estar en que se han distanciado de la utopía original del Reino para pasar entre sus conciudadanos y conciudadanas como hombres y mujeres realizados y fecundos. Se olvidan que la

fecundidad de los consagrados, su verdadera originalidad, es parecer prescindibles a los prácticos, porque sus vidas evocan los principios del Reino que superan todo cálculo mercantil. «No hay duda de que, en el invierno de la conciencia que estamos viviendo, a los saberes humanísticos y a la investigación científica sin utilitarismo alguno, a todos estos lujos considerados inútiles, les corresponde cada vez más la tarea de alimentar la esperanza, de transformar su inutilidad en un utilísimo instrumento de oposición a la barbarie del presente, en un inmenso granero en el que puedan preservarse la memoria y los acontecimientos injustamente destinados al olvido»².

La transformación del mundo, y el lugar con sentido de la vida consagrada nunca será un «diálogo de tú a tú» con el mercado contemporáneo, será ofrecer un contrapunto persuasivo, alternativo, sugerente y nuevo. Jamás el mercado con su potencial económico podrá comprar la Gracia de la donación que sostiene el seguimiento de Jesús. Jamás la *Inteligencia Artificial* (IA) podrá diseñar paradigmas alternativos a la libertad del corazón de los consagrados que, por el Reino, son capaces de dejarlo todo y crear comunión. 

1 HARARI YUVAL, NOAH, *21 lecciones para el siglo XXI*, Penguin Random House, Barcelona 2018, Apple Books, p. 548.

2 ORDINE, NUCCIO, *La utilidad de lo inútil: Manifiesto*, Acantilado, Barcelona 2017, p. 92.



Quede con Dios

Cristina Inogés Sanz

LAICA. TEÓLOGA. COMISIÓN METODOLÓGICA DEL SÍNODO DE OBISPOS

A sí me despidió un taxista, no hace mucho. Me sorprendió, me agradó, me gustó. Y me pregunté si a todas las personas a las que lleva en su taxi, las despedirá igual. Porque vivimos en un mundo donde a Dios casi no le damos espacio y, este taxista le hizo un hueco visible y sonoro.

Esta expresión con la que fui despedida por ese buen hombre, era típica de hace mucho tiempo. Nuestra literatura clásica de siglos precedentes está llena de expresiones parecidas. No cabía mayor ni mejor deseo, y era tan propia de pobres como de ricos. Dios era el centro de la vida. Y se notaba.

Quedar con Dios venía a ser quedar en paz, era algo parecido a nuestro “adiós”, pero mucho más cercano y

contundente; más directo y, a la vez, más entrañable. Ahora ya no quedamos con Dios ni decimos adiós. Como mucho un *bye* mal copiado del latín del siglo XXI, el inglés, o un vale que vale para todo, aunque no sepamos muy bien qué pinta en una despedida.

Quedar con Dios manifiesta confianza en quien lo dice, pero también en quien recibe ese saludo. Es decirle a la otra persona que no está sola, que no tiene nada que temer porque Dios va con ella. Es un resumen magnífico del Salmo 23,4: tu vara y tu cayado me sostienen y me dan seguridad. La sabiduría popular ha sabido condensar bien en esta ocasión, la idea de este salmo.

Quede con Dios. Quédese con lo mejor que puedo dar-

le por experiencia de vida. Ese Dios ha estado conmigo en lo bueno y en lo menos bueno. Quede con Él en un diálogo imperturbable aunque todo el ruido del mundo esté a su alrededor. Ese Dios al que yo le confío es palabra y silencio al mismo tiempo.

¡Qué lástima que hayamos cambiado a un Dios misericordioso y caminante a nuestro lado, por otro dios pequeñito y conflictivo como es el dinero, o el orgullo, o la prepotencia! Ese dios no llega nunca lejos. Ni nosotros con él.

Estamos ya en tiempo de verano. Tiempo de descanso, de recuperar fuerzas, de desconexión, de paz. Disfrutad y, ya sabéis, quedad con Dios. Es lo mejor que tengo para vosotros. Hasta la vuelta.



Vivir a la espera de Dios

Venimos de un largo proceso histórico en el cual la fe-confianza en Dios era fundamento del sentido de la vida humana. Se tenía la conciencia de que la vida es como una peregrinación. Por ahora vivimos en el destierro. Aspiramos a la patria de nuestra identidad. Estamos de paso en esta vida. Heredamos la vida para siempre

Bonifacio Fernández, cmf

Catedrático emérito de Teología, ITVR

Venimos de un largo proceso histórico en el cual la fe-confianza en Dios era fundamento del sentido de la vida humana. Se tenía la conciencia de que la vida es como una peregrinación. Por ahora vivimos en el destierro. Aspiramos a la patria de nuestra identidad. Estamos de paso en esta vida. Heredamos la vida para siempre.

Ese sentimiento de la vida ha cambiado; ahora mucha gente ha perdido el horizonte de la vida futura. Ha convertido la experiencia de la peregrinación en asentamiento en la patria. El tiempo de la vida es corto. De ahí surge la urgencia de vivir de prisa y experimentar la vida en todas sus posibilidades. La confianza en el Dios de la vida ha pasado a ser confianza en la ciencia y en la técnica. Tenemos la impresión de que el mundo ya no está tanto en manos de Dios cuanto en nuestras propias manos.

Ese sentimiento de la vida se ve amenazado por experiencias traumatizantes como la de la pandemia con millones de muertos, los terremotos, las guerras, el cambio climático. Eventos como estos nos ponen en contacto con nuestra fragilidad colectiva. Estamos a merced de grandes amenazas sobre nuestras vidas y que acaban con ella. Aspiramos ciertamente a ser felices, que se hace consistir en la buena salud, en el bienestar económico, la ausencia de dolor, las buenas relaciones con los demás. Pero no podemos menos de contar con nuestra fragilidad, nuestra mortalidad.

Jesús es el Mesías de la esperanza. La esperanza es el clima, la atmósfera y el lenguaje de Jesús. Creer es tener sabor y tacto de resurrección. Cristiano significa mesiánico. Sigue clamando por el cumplimiento

pleno de las promesas de la vida frente a la muerte.

LA ESPERA

Nuestras esperas se han acomodado a los parámetros de la cultura actual. Por una parte, es cierto que se ha alargado nuestra esperanza de vida. La media estadística nos dice que podemos vivir más tiempo cronológico. La cuestión es si a ese tiempo cronológico expandido corresponde la verdadera espera de nuestro corazón.

También las estadísticas nos dicen que cada vez estamos más esclavos de nuestras agendas y nuestras tareas. Estamos movidos por el deseo ferviente de producir más para consumir más. Los deseos de nuestro corazón son manejados por la publicidad. Cada vez estamos más encerrados en el tiempo presente; nos quedan menos recursos para la espera y la esperanza. Los que ya no producen y consumen poco son los sobrantes; ya son un peso para el sistema. Y son los ancianos, los enfermos. Vivimos en la sociedad del cansancio.

Dentro de nosotros sigue vivo el anhelo de plenitud. No nos conformamos con una felicidad a medias; aspiramos a la plena realización de nuestros sueños en un mundo fraterno y reconciliado con la creación. Dicho con otras palabras, anhelamos la salvación, que nos cautiva y nos trasciende.

Dicho en terminología más confesante: Vivimos a la espera de la llegada plena del Reino de Dios. Esperamos que Dios traiga la justicia definitiva.

Suspiramos por el cumplimiento de la promesa de la nueva creación, que se está realizando en medio de la primera creación...

**El objeto de la espera
no se deja ver
con los ojos de la cara**



LA PACIENCIA ANTE LA LLEGADA DE DIOS

Lo esperado ya está presente, pero todavía no del todo. Nos falta el todavía más. Mirando a nuestro tiempo y nuestra sociedad es más obvio el todavía-no y el todavía más. Nos habíamos hecho la ilusión de haber superado las guerras, las dictaduras, las muertes a causa del hombre. Nos damos de bruces contra la tozuda realidad. Creíamos que habíamos progresado mucho hacia un mundo mejor, más humano, más fraterno; la realidad es, sin embargo, que la historia sigue llena de crucificados y crucificadores; seguimos almacenando arsenales de armas destructivas y montones de odio entre los seres humanos.

El objeto de la espera no se deja ver con los ojos de la cara. Esperamos tiempos mejores. Los jóvenes sintonizan con la dimensión del cambio, de la inspiración y de la novedad; tienen ojos para descifrar lo nuevo y sorprendente que va emergiendo en nuestra historia. Los ancianos aportan la solidez de una esperanza contrastada en los avatares de la vida.

Dios solo nos deja ver las huellas de su presencia en nuestra historia, en las maravillas que ha creado y ha realizado en la historia de la salvación. En la medida que somos testigos de esas maravillas de Dios en nuestra historia y somos capaces de hacer un buen relato de nuestra experiencia, contribuimos a mantener viva la esperanza de la vida plena y para siempre.



APRENDER LA ESPERANZA

Se trata de aprender la esperanza, de abrazarla, de fijar la mirada en el futuro del Reino de Dios. Ello implica que se lucha contra la tentación del fatalismo y de la resignación. Como el futuro es sorprendente y novedoso, estamos tentados de dejarnos atrapar por la melancolía y la nostalgia del pasado que ya nos es conocido y familiar. La esperanza en la gran promesa del Reino de Dios que incluye la tierra nueva y los cielos nuevos, la nue-

va creación tarda en cumplirse. En la historia vamos construyendo el futuro personal, social y holístico. Pero hay otra dimensión que es advenimiento. El futuro es por-venir.

La esperanza es como una antena parabólica orientada al futuro. No se trata de estirar el presente sino de articular adecuadamente su dimensión histórica y escatológica. Es ya presencia y, al mismo tiempo, esperanza del futuro de la creación, de la naturaleza.

Hemos renacido a una esperanza viva por obra del Espíritu que procede del acontecimiento de la resurrección de Jesús de entre los muertos (1Pe 1,3-4). Por la justificación mediante la fe, hemos sido hechos herederos de la vida eterna en la nueva creación por pura gracia amorosa del Padre.

Creer en la esperanza es crecer en la capacidad de alegría evangélica y de ver el futuro a través de los ojos del Dios resucitador, que nos ha dado su Espíritu. Sabemos que las promesas de Dios son a largo plazo; contrastan con la pretensión de convertir el tiempo presente en el único tiempo sagrado, intocable.

Aprender la esperanza implica la capacidad de mirar de frente a la muerte. En la sociedad actual tendemos a vivir afectados por la fiebre del presente, contando con que el tiempo de nuestras vidas se alarga y que la muerte está lejos, al final. Han cambiado los rituales que acompañan el morir. Y la consecuencia es que muchas personas mueren trágicamente en soledad personal y social. Y otras muchas personas mueren de desesperación, se suicidan o piden la eutanasia.

LA PASIÓN DE LA ESPERANZA

Es cierto que la esperanza tiene que ver con nuestros sueños y utopías de felicidad. Motiva a ser felices. Como pasión de vida y felicidad, la esperanza cura nuestras desesperanzas; despierta la energía vital. Hace del hombre un *homo viator*, un caminante inquieto y apasionado por llegar a la meta de la vida. Vivir la apasionada esperanza suscita las energías tal vez aparcadas

durante largo tiempo por causa de las decepciones y adversidades. La esperanza ayuda a unificar la propia vida. La pasión de la esperanza lleva a descubrir el futuro que ha quedado aparcado en el pasado. Abre los ojos a nuevas posibilidades. La esperanza apasionada se expresa en trascender hacia adelante. Descubre constantemente nuevas posibilidades en la realidad; se enamora del *Novum*.

ESPERANZA DE UNA VIDA NUEVA

Hemos renacido por la fuerza del Espíritu desde la resurrección del crucificado Jesús y resucitado de entre los muertos... Se trata de una vida nueva enraizada en la justicia perdonadora y recreadora del Dios de la vida. El Dios que es fiel a su alianza y a sus promesas. Ha revelado definitivamente su rostro como amor paterno-materno, incondicional, gratuito. Es el Dios resucitador. Esa es la palabra definitiva que nos dice sobre sí mismo.

La esperanza en el cumplimiento pleno de las promesas de Dios implica la confesión de fe que no se hace solo con la palabra; se hace con la acción de nuestras manos y de nuestros pies, es decir, en la transformación de la realidad actual. Es conveniente recordar que la falta de esperanza tiene efectos inmediatos. El que no espera nada de

Dios, tiende a compensar ese vacío con al afán de poder, de tener y de placer. Son estas las formas que adopta la vida en el mundo cuando se cierra el horizonte de

la vida futura. Lo que son solo medios económicos para vivir con sentido, con sentimiento de felicidad y realización personal,

**La esperanza es la
gran promesa del
Reino de Dios**

se apoderan de nosotros y nos esclavizan. El miedo a no tener bastante, a la dependencia, y a la vulnerabilidad nos somete a un ritmo estresante de actividad para defendernos y afirmarnos. La esperanza mesiánica de Jesús es liberadora de los miedos. Gracias a su alianza de amor con nosotros, podemos sentirnos en camino de liberación respecto a las tres tentaciones que nos acechan como le acecharon a Él.

ESPERANZA DE LA HERENCIA ETERNA

“En mi fin está mi principio” (T.S.Eliot). *Vita mutatur non tollitur*... Es la esperanza que cruza la puerta oscura de la muerte. Esta gran esperanza nos pasa, nos traspasa y nos sobrepasa. Es ya la forma de habitar en el futuro, en la consumación. Es una esperanza activa y fecunda en el presente porque apunta al futuro como una flecha. “La tensión escatológica se convierte en misión para que el Reino se afirme de modo creciente aquí y ahora” (VC 26). La vivencia de la confianza en las promesas de Dios nos convierte en centinelas del futuro. Somos los encargados de señalar el futuro definitivo. La vida de los cristianos se convierte en memoria futura, recuerda constantemente el todavía-no de la llegada del Reino de Dios. En cuanto sacramento del futuro, la esperanza alberga el deseo ardiente de romper las ataduras de la muerte (prefacio pascual); de romper las cadenas de la muerte (pregón pascual), los dolores de la muerte que nos mantienen esclavizados a ella.

El peligro de nuestra situación histórica es encerrarnos en el círculo del tiempo presente, intentando sacarle al tiempo presente el sabor de inmortalidad. Se busca lo definitivo en lo puramente provisional. Y se despierta la experiencia del vacío, de la

vulnerabilidad y del sinsentido. Estamos hechos para el futuro, y nos enclaustramos en el presente como el único tiempo de nuestra vida. El resultado es la urgencia de la inmediatez. Queremos los logros y los queremos ya. El bienestar personal es lo único sagrado. No se puede tocar.

¿QUIÉN NOS ESPERA?

La pregunta fundamental de la esperanza consiste en saber si alguien nos espera. Y en caso positivo quién nos espera realmente al final del camino de nuestra vida. La fe cristiana nos enseña que el fundamento último de nuestra esperanza consiste en que somos esperados por Dios. Somos amados y atraídos por la plenitud a la que aspiran nuestros anhelos más auténticos. La esperanza como energía vital activa brota de la meta trascendente. Puede expresarse en forma de sueño, de promesa, de utopía, ya que las personas humanas somos seres de necesidades y de deseos, pero también somos seres de gracia, abiertos y capaces de recibir la palabra y la presencia liberadora de Dios. Gracias a esa atracción no nos convertimos en estatuas de sal. Gracias al dinamismo de quien nos espera, podemos leer nuestra historia con la mirada de la innovación y del futuro, del *adventus* frente al pasado, de lo inesperado frente a lo conocido. Pero más al fondo de nuestro corazón descubrimos la llamada y la presencia de alguien que nos cautiva, nos acompaña y nos aguarda. Nos hace peregrinar de la inmanencia a la trascendencia. La experiencia de la vida presente y efímera clama por la vida nueva y permanente.

Esperamos porque Dios mismo nos espera. Nos espera como el padre del hijo pródigo. 



Anna Sánchez Boira

MIS. HIJA DE LA SGDA. FAMILIA DE NAZARET. ENDE (INDONESIA)

Memoria agradecida

La memoria es una función del cerebro que quizás hoy no goza de tanta estima como en otras épocas, aunque sigue teniendo un valor incalculable en la historia personal y de la humanidad. Me refiero aquí a la memoria como el rastro que imprimen las personas, acontecimientos y experiencias en nosotros. Ciertamente, la memoria como don, también precisa del ejercicio de la voluntad para guardar cuidadosamente recuerdos entrañables que nos permitan vivir en actitud de agradecimiento. Pero, la memoria no siempre es tan selectiva como desearíamos, y también almacena, precisamente, lo que nos gustaría olvidar y que solo con el paso del tiempo y el adecuado proceso de curación pasarán a formar parte de una memoria serena y pacificada.

Hoy uno de los servicios que realizan en el mundo muchos religiosos es iniciar

y acompañar procesos de reconciliación personal y colectiva. Personas abusadas, violadas y maltratadas; conflictos entre pueblos hermanos, violencia armada... heridas que dificultan la convivencia y la fraternidad, que impiden el olvido, y siguen produciendo dolor. La gran carga emocional que acompaña la memoria es la responsable de la dificultad de olvidar; de ahí que las imágenes emerjan sin previo aviso. Qué misión más grande nos ha confiado el Señor: ser sanadores del espíritu. La memoria serena es constructora de futuro esperanzaado capaz de abrir caminos de reconciliación. La memoria es vigía de experiencias pasadas sin retorno posible. Un pueblo sin memoria es un pueblo sin historia, sin raíces sin progreso. La memoria es madre de las tradiciones y costumbres, de la sabiduría de los que nos han precedido y de la que está por venir.

Nuestra sociedad necesita personas sanas y libres, no porque no hayan sufrido heridas, sino porque han puesto empeño en curarlas. No vivamos acumulando amarguras y rencores, no permitamos que las heridas se infecten, dejemos de lamentarnos por lo que hubiera podido ser y no ha sido; tampoco nos esforcemos en olvidar, lo cual presiento no va a ser posible, sino en reconciliar y reconciliarse, aprender y evitar dolorosas repeticiones.

Acojamos nuestra vulnerabilidad humana, con nuestros errores y fracasos; entonces, ocurrirá el milagro: la gratitud como estilo de vida.

La memoria agradecida nos permite gozar del presente y confiar en el futuro. Hay personas cuya conversación es vida, bondad y esperanza; hablar con ellas es un bálsamo para el alma. ¡Qué agradables resultan sus vidas!

Nuestra fe en el Señor es memoria agradecida, el mismo Dios que se da en nuestra historia personal y colectiva a través de su misericordia infinita para con cada una de sus hijas e hijos. La fe es don y respuesta agradecida de la presencia de Dios en la historia de la humanidad y en mi historia personal.



Dolores Aleixandre

SGDO. CORAZÓN DE JESÚS

Aprendizajes veraniegos

Verano del año de gracia de 1963 después de Cristo y antes del Concilio. Avisos de la superiora a la comunidad de 60 hermanas de la que yo formaba parte al acabar el juniorado: “A partir de mañana comenzamos las vacaciones, tiempo de descanso; por eso la campana para levantarnos sonará a las 6,30 h en vez de a las 6,00 h (!).

Las vísperas y el recreo de la noche serán en el jardín: las hermanas jóvenes se encargarán de sacar las sillas, los reclinatorios, las luces y los altavoces. Como casi todas ellas, después de limpiar y poner orden, tienen que preparar sus exámenes de septiembre, conviene no interrumpirlas demasiado en su estudio.

El Padre X, sj, nos dará los Ejercicios en agosto. Las prácticas serán en la capilla y, aunque haga calor, solo se abrirán las ventanas de un lado: el año pasado se abrieron todas y algunas her-

manas se resfriaron por la corriente.

Hay permiso para beber agua entre horas de los botijos que habrá en los pasillos”.

Puedo imaginar la cara de asombro de quienes no vivieron nada de esto y lo comparan con la manera actual de organizar las vacaciones; por eso me he preguntado si hay algo “rescatable” de aquellas costumbres, o si hay que mandarlas, sin más, al museo de antiguallas. Y esta es mi propia experiencia de lo aprendido entonces que me sigue siendo válido:

- Cierta hábito de sobriedad y contención para aguantar con normalidad los fastidios que traen consigo las subidas o bajadas de las temperaturas. Nadie se desplomaba abanicándose y diciendo: “¡No puedo máaaas! ¡Qué calooooor!” (extensible al qué “fríoóóó” en el invierno). Aprecio aquella ausencia de aspavientos y quejas, a pesar del hábito

negro y la toca almidonada: tocaba pasar calor o frío, lo pasabas y punto. Hoy conviene mirar hacia fuera y pasmarnos del aguante de quienes trabajan en el campo, los invernaderos o la construcción. Y con solo una pizca de coherencia, tendría que caérse nos la cara de vergüenza de quejarnos.

- Me grabó el convencimiento de que las vacaciones “no son para nosotros mismos, sino para Aquel que por nosotros murió y resucitó” y eso supone que los demás tienen derecho a encontrarnos más descansados y frescos gracias al descanso porque las energías que reponemos les pertenecen. Nuestra inmensa suerte es disponer, casi como de un derecho, de un tiempo largo de retiro, algo que está hasta económicamente fuera de las posibilidades de muchos.

- Y en estos tiempos en que nuevos formatos de “botijos” nos facilitan la vida, un toque final de humor: sea cual sea la época, el lugar, el hemisferio o el equinoccio en el que nos encontremos, ponernos de acuerdo sobre el manejo de un bien común (ventanas, persianas, ventiladores, nevera, aire acondicionado...) seguirá generando más de una batallita comunitaria. Y tendremos que volver a recordar con el Salmo que el Señor conoce nuestra masa y se acuerda de que somos de barro”. Para dicha nuestra.

RETIRO MENSUAL



DISCÍPULOS DESDE EL
COMPROMISO CON LA
VULNERABILIDAD (II)
*Encarnar Laudato Si'
y Fratelli Tutti*

7

MIGUEL TOMBILLA, CMF

**DISCÍPULOS DESDE EL
COMPROMISO CON
LA VULNERABILIDAD (II)**
*Encarnar Laudato Si'
y Fratelli Tutti*

"Una persona y un pueblo solo son fecundos si saben integrar creativamente en su interior la apertura a los otros" *Fratelli Tutti*.

Con esta segunda entrega terminamos el pequeño recorrido por lo que podemos llamar nuevos desafíos para nuestras comunidades y proyectos de misión. Retomando

con lo anterior abordamos algunas cuestiones pendientes, sabiendo que nos quedan otras muchas por tocar.

Inequidad planetaria

No podemos olvidar que los pobres son los más perjudicados por la crisis ecológica-humanitaria que vivimos. Los efectos directos (escasez de recursos como el acceso al agua o la tierra, subida del nivel del mar que afecta a los que tienen menos recursos para trasladarse, nuevas enfermedades...) o directos como las guerras y violencias que brotan de la depredación de recursos valiosos o del acceso a lo más básico como el agua. Todo ello es considerado como periférico y no entra en el estrecho objetivo de los medios de comunicación o de las agendas de las grandes reuniones internacionales. Por ello, se crea un discurso "verde" que se aparta de la realidad acuciante (por número y urgencia) de los olvidados de la tierra.

La debilidad de las reacciones

Todavía nos falta una cierta "cultura" y liderazgo para responder satisfactoriamente a una búsqueda de soluciones que "atienda a las necesidades de las generaciones actuales incluyendo a todos, sin perjudicar a las generaciones futuras". Los intereses económicos siguen prevaleciendo sobre las soluciones sociales y el bien común.

De este modo, las decisiones políticas internacionales son muy frágiles y esconden muchos intereses. Documentos eclesiales como el de Aparecida, del episcopado latinoamericano, tienen muy claro este aspecto: "En las intervenciones sobre los recursos naturales no pueden predominar los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida".

La especulación, la corrupción, la búsqueda de la rentabilidad financiera... hacen que la conciencia ecológica que va creciendo en la mayoría de las capas sociales se perciba como infructífera y débil. Pero a pesar de esto, se siguen realizando acciones positivas y comprometidas con los más vulnerables que nos devuelven la esperanza en que el ser humano “ha sido creado para amar, y en medio de sus límites brotan inevitablemente gestos de generosidad, solidaridad y cuidado”.

Por último, en la visión que tenemos de la realidad tenemos que saber combinar el aspecto global y el local. Para nosotros tiene un mayor calado ya que las congregaciones o institutos solemos tener presencia en distintos continentes y acompañamos a muchas personas vulnerables. Esto nos da una perspectiva muy rica si la compartimos en los distintos foros, no solo en los del ámbito religioso. Por ello, “hay que mirar lo global, que nos rescata de la mezquindad casera” (FT 142), pero tampoco podemos olvidar que “hay que asumir con cordialidad lo local, porque tiene algo que lo global no posee: ser levadura, enriquecer, poner en marcha mecanismos de subsidiaridad” (FT 142).

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Cómo podemos humanizar el lugar donde vivimos y ejercemos la misión?
- ¿Cómo hacer más comprensible y legible la unión entre los problemas sociales y ecológicos que vivimos en el día a día?

Anti-utilitarismo, descansos y destino común de los bienes

En nuestro estilo de vida actual sería bueno que tuviésemos en cuenta los ritmos de la naturaleza y los necesarios “descansos”, que están íntimamente unidos al orden de la justicia y la solidaridad. Ese sentido tienen las instituciones bíblicas del *Shabbath* (semanal), el año sabático (cada siete años) y el jubileo (cada 49 años). En todos ellos descanso-alabanza (también de los animales y las tierras de cultivo), perdón de las deudas y distribución de los bienes a los más necesitados, están íntimamente unidos. Es el intento de una vuelta a la armónica creación primera, en la que no existía la propiedad excluyente, sino el compartir que crea comunidad y comunión.

Esto toca el centro de nuestra vida y la capacidad de ser signo, aunque sea frágil y minoritario. Nuestras comunidades y misión han de tener en cuenta esta faceta de descanso que crea justicia y solidaridad. Si lo hacemos nos puede capacitar para salir del activismo que suele encubrir un cierto vacío interior y la búsqueda de uno mismo; aunque esté envuelto por el celofán del esfuerzo bondadoso y de una laborio-

La armonía es volver a la creación primera donde no existía la propiedad

sidad ejemplar. Los tiempos gratuitos, que no significan no hacer nada, hoy son muy necesarios para transparentar que regalamos lo que nos fue regalado y perdonamos lo que nos fue perdonado.

También supone una revisión de las formas de propiedad que tenemos, no solo a nivel personal, sino, sobre todo, institucional. Por ejemplo, el uso que hacemos de los inmuebles en los que vivimos o realizamos la misión, las inversiones que tenemos en algunos fondos o valores que, por lo

La Tierra ha sido creada por Dios para todo el género humano

menos, son dudosos éticamente, algunas obras que solo buscan el beneficio económico sin tener en cuenta el bien social, la capitalización que, a veces, se hace tan alegremente... Todo ello no es lícito para nuestra forma de vida. Quizás deberíamos ser algo más claros y hacer más comprensible la información económica a nivel externo, buscando estándares éticos elevados que hoy son reales desde la economía social y solidaria.

Mención aparte merece el denominado “destino común de los bienes”. Desde muy temprano en la historia de la Iglesia se ha mantenido por la tradición y el magisterio que la propiedad privada está subordinada al destino común de los bienes y siempre ha de tener una función social.

La Tierra ha sido creada por Dios para todo el género humano. Como dice Juan Pablo II: “La Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan al destino general que Dios les ha dado [...] no es conforme con el designio de Dios usar este don

de modo tal que sus beneficios favorezcan solo a unos pocos”.

Laudato Si' aporta una novedad en la extensión de este destino común de los bienes: la referencia a las generaciones futuras. Ellas también forman parte en la actualidad de los herederos de los bienes (no solo económicos sino también del disfrute estético, por ejemplo).

Nadie es dueño, solo somos administradores y cuidadores de un futuro posible para los que han de venir: humanos, seres vivos y ecosistemas. *Laudato Si'* aporta una frase de los obispos de Nueva Zelanda que ahonda en esta perspectiva; se preguntan qué significa hoy el mandamiento de “no matarás”: cuando “un veinte por ciento de la población mundial consume recursos en tal medida que roba a las naciones pobres y a las generaciones futuras lo que necesitan para sobrevivir”.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Cómo podríamos aplicar el concepto de “descanso” querido por Dios a nuestra vida y misión?
- Pensando en nuestra comunidad y plataforma evangelizadora, ¿cómo concretamos en gestos pequeños el “destino común de los bienes”?

La globalización de la tecnología

Tenemos que tener en cuenta que existen grupos de poder que buscan siempre el propio beneficio y utilizan nuestras pulsiones (poder, tener, placer...) para convertirlas

en dependencias que generen intercambio económico.

Logran hacernos creer que el crecimiento y el estado de bienestar son indefinidos. Nos hacen olvidar a otros seres humanos que quedan fuera de este sistema, tanto en occidente como en la gran mayoría de países que son expoliados para mantener el crecimiento abusivo de una minoría.

No podemos obviar que “los objetos producto de la técnica no son neutros porque crean un entramado que termina condicionando los estilos de vida y orienta las posibilidades sociales en la línea de los intereses de determinados grupos de poder” (LS). De este modo, como repite la Doctrina Social de la Iglesia, en bastantes lugares, todo acto privado que se genera en esta sociedad del mercado, por mínimo que sea, tiene repercusiones éticas.

Así, en nuestros días, “se volvió contracultural elegir un estilo de vida con objetivos que puedan ser al menos independientes de la técnica, de sus costos y de su poder globalizador y masificador” (LS). Este camino, que ha de ser propio del cristiano, propone un cambio de mirada: “Debería ser una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático”.

Esto supone un cambio de la actitud vital: pasar de una idea de crecimiento ilimitado a otra de una existencia centrada en el decrecimiento que tiene en cuenta a los excluidos y olvidados del planeta. Este decrecimiento trae consigo un nuevo modelo de consumo y la búsqueda de lo positivo que la técnica y la ciencia aportan para hacerlo llegar a todos los seres humanos, de un modo sostenible.

Y, también, un rechazo a la búsqueda del beneficio propio ilimitado que logre “aménorar la marcha para mirar la realidad de otra manera, recoger los avances positivos y sostenibles, y a la vez recuperar los valores y los grandes fines arrasados por un desfreno megalómano”.

La vida religiosa sabe mucho de decrecimiento y es un bagaje cultural-espiritual que puede aportar a la Iglesia y al mundo de hoy. En occidente vivimos épocas de decrecimiento numérico y de falta de relevancia social. Si esto se lee en negativo puede llevar a la desesperanza y al desencanto. Pero también tiene una fuerza de transformación enorme si es leído en clave de fragilidad que engendra vida. La no dependencia de las esferas de poder, la austeridad creativa y asumida como valor transformador, la revisión de la misión para hacerla cooperativa y en sintonía con otros, la vida centrada en el desvivirse por los demás y no en el obrar productivo... son caminos para transitar con la serenidad de quienes saben que lo propio no es lo mejor y que en el Evangelio el único beneficio posible es la pérdida que engendra ganancias.

La sostenibilidad de la vida religiosa no es el empeño prometeico por la supervivencia

Nuestro decrecimiento hemos de leerlo en clave de fragilidad que engendra vida

a toda costa. Es más bien entrega generosa que sabe vivir feliz en lo minoritario y que intenta no servir a dos señores. El decrecimiento de la vida religiosa, impuesto y querido al mismo tiempo, tiene mucho que ver

con la clave escatológica que nos es tan querida. El signo del decrecimiento no solo es posible, sino que es necesario y se puede extender a otros lugares en los que la vida religiosa todavía se siente fuerte y sin límites.

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Cómo podemos vivir el decrecimiento que se impone como algo positivo y aceptado? ¿En qué realidades concretas lo podemos expresar como comunidades?
- ¿Qué podemos aprovechar en nuestra vida de la técnica para hacernos y hacer nuestra misión más justa y preocupada por los demás?

Cultura de la acogida y la hospitalidad

“Ensancha el espacio de tu tienda, despliega tus toldos sin miedo, refuerza tus estacas y alarga tus cuerdas, porque te extenderás a derecha e izquierda. Tu extirpe heredarás las naciones y poblará ciudades desiertas” (Isaías 54, 1-8).

La acogida que nace de la misión nos lleva a desplegarlos sin temor

Partimos de la base de que “hay periferias que están cerca de nosotros, en el centro de una ciudad, o en la propia familia. También hay un aspecto de la apertura universal

del amor que no es geográfico sino existencial. Es la capacidad cotidiana de ampliar mi círculo, de llegar a aquellos que espontáneamente no siento parte de mi mundo de intereses, aunque estén cerca de mí. Por otra parte, cada hermana y hermano que sufre, abandonado o ignorado por mi sociedad es un forastero existencial, aunque haya nacido en el mismo país. Puede ser un ciudadano con todos los papeles, pero lo hacen sentir como un extranjero en su propia tierra. El racismo es un virus que muta fácilmente y en lugar de desaparecer se disimula, pero está siempre al acecho” (FT 97).

Pero también es cierto que la acogida que nace de la misión nos ha de llevar a “desplegarlos” y “ensancharlos” sin temor. Desplegar nuestros toldos, hacer más grande nuestra casa. Para ello es imprescindible reforzar las estacas y alargar las cuerdas; es decir, fortalecer las bases y cimientos para ir más allá. Extender lo que se hace bien, revisar críticamente nuestra acción, innovar (algo tan necesario), preguntarnos dónde están los más vulnerables y salir a su encuentro.

Acoger es abrir nuestra casa para construir la “casa común” (Ya desde hace tiempo entendida también como nuestro Planeta, como un todo interconectado). Es una invitación que responde a lo comunitario y vinculativo, en clave de encuentro entre personas, iniciando un proceso que transforma nuestras comunidades, que integrando a las personas más vulnerables. Que los forasteros, los pobres, los necesitados, los vulnerables no solo sean el foco de nuestra acción, sino que también forman parte de nuestras plataformas evangelizadoras y de vida.

La realidad de la movilidad humana y la pluralidad cultural en la sociedad global son procesos que no tienen marcha atrás (FT).

Los retos para la integración y la convivencia en sociedades cada vez más plurales no los podemos obviar.

Junto a experiencias tremendamente ricas de encuentro y solidaridad, en el mundo aumenta la xenofobia (de una forma llamativa en Europa, aunque no solo). Se hacen eco discursos y opciones políticas que promueven discursos racistas y aumentan los delitos de odio y la discriminación en el acceso a oportunidades. En este sentido también es bueno tener en cuenta el uso que hacen de los más vulnerables algunos de los mecanismos de poder de la sociedad actual: “El desprecio de los débiles puede esconderse en formas populistas, que los utilizan demagógicamente para sus fines, o en formas liberales al servicio de los intereses económicos de los poderosos. En ambos casos se advierte la dificultad para pensar un mundo abierto que tenga lugar para todos, que incorpore a los más débiles y que respete las diversas culturas” (FT 155).

Las personas migrantes cuentan con enormes barreras para su integración, entrando a formar parte de la población más vulnerable. En muchos países afectan a segundas y terceras generaciones de migrantes.

No existen soluciones milagro, pero sí vías que podemos transitar todos, también como comunidades e instituciones: “Nuestros esfuerzos ante las personas migrantes que llegan pueden resumirse en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar” (FT 129).

“Al forastero que reside junto a vosotros lo miraréis como a uno de vuestro pueblo y le amarás como a ti mismo” (Lev 19,34).

Como cristianos nos entendemos como miembros de un mismo pueblo. Un pueblo

que peregrina y que habita lugares que han de tener las puertas abiertas. Por ello, podemos mirar a todas las personas como miembros “de nuestro pueblo”, ciudadanos (por eso iguales) de un Reino que va

Para un cristiano no hay forasteros, somos miembros de un mismo pueblo

más allá de las fronteras estrechas que nos construimos, las físicas y las psicológicas o ideológicas.

Dentro de estos forasteros que son ciudadanos se encuentran muchas de las personas más vulnerables en la actualidad.

Ante la realidad de vulnerabilidad social de tantas personas que forman parte de nuestra sociedad y de nuestras plataformas de vida y misión caben diferentes actitudes. Aquí describimos algunas, quizás caricaturizadas, para que nos puedan ayudar. También las ponemos por parejas enfrentadas (negativas/positivas) para que resalten más:

Desentenderse (-)

Porque pensamos que, a fin de cuentas, este es un tema que no afecta a nuestro grupo a nuestra posición pastoral o comunidad, sino que es un problema exclusivo de los migrantes o de otras instituciones que se dedican a ello.

Auténtica implicación (+)

Asumiendo que todos los grupos de la posición pastoral, cada cual, dentro de su propio ámbito, está llamado a facilitar la acogida, el encuentro y la transformación.

Paternalismo (-)

Generando una relación donde siempre son ellos o ellas los que tienen que ser ayudados, quedando nosotros al margen de cualquier cuestionamiento o de cualquier relación simétrica.

Auténtica cooperación (+)

Evitando situaciones de dependencia (económica o afectiva). Facilitando la autonomía y, a la vez, cuestionando y revisando las propias actitudes y actuaciones. Facilitando la integración a todos los niveles y abiertos al enriquecimiento mutuo.

Folklorismo (-)

Limitando la acción pastoral o la convivencia a celebraciones o festivales culturales puntuales.

Auténtica acogida (+)

Valorando las actuaciones cotidianas, las relaciones que se construyen en el día a día y la actitud permanente de acogida por parte de todos.

Asimilación (-)

Creyendo que son ellos los que para integrarse tienen que olvidar sus costumbres y actuar como nosotros.

Auténtica integración (+)

Favoreciendo una convivencia que evite la formación de guetos pero que, a la vez, respete las diferencias. Que estas diferencias nos hagan abrirnos a lo distinto que nos hace seres humanos más plenos.

En resumen, tenemos la necesidad de acoger a los que llegan porque reconfiguran nuestros espacios y los pueblan de la riqueza venida de otros lugares. ¡Ya no somos como éramos y es algo muy necesario y de agra-

decir! Porque “nosotros”, tú, y yo, al igual que “ellos”... somos parte de esta historia, de una historia de migrantes que se remonta a miles de años en la humanidad y en nuestra fe: “Mi padre fue un arameo errante” (Dt 26).

Preguntas para el diálogo comunitario:

- ¿Cómo estamos integrando a las personas más vulnerables en nuestra vida y misión local?
- Escoge una actitud positiva (+) y otra negativa (-) de las enumeradas en este apartado y que se dé en lo que vivimos como comunidad evangélica.

Quisiera terminar citando dos números de *Fratelli Tutti* que creo nos sitúan en el centro de lo que somos y queremos seguir siendo:

- “Nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer solo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte” (FT 87).

- “Como María, la Madre de Jesús, queremos ser una Iglesia que sirve, que sale de casa, que sale de sus templos, que sale de sus sacristías, para acompañar la vida, sostener la esperanza, ser signo de unidad [...] para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación” (FT 276).



Tejer la paz

José Tolentino de Mendonça

CARD.- ARZOBISPO. PREFECTO DEL DICASTERO PARA LA CULTURA Y LA EDUCACIÓN

Tenemos mucho que aprender de la etimología de la palabra "paz". La palabra griega *eirene* procede del verbo *eirô*, que significa trenzar, tejer, unir los distintos hilos. Es un elemento importante porque nos recuerda que los griegos ya concebían la paz como una especie de alianza, el resultado de un proceso de acercamiento de las partes, como un pacto. De hecho, este es también el significado de la palabra latina *pax*, *pacis*. Su raíz es *pag-* o *pak-*: la misma que encontramos, por ejemplo, en la palabra *pactum*. Nos damos cuenta así de que la paz no es una realidad previa y espontánea, un hecho puro y garantizado, sino una construcción humana deliberada, una opción histórica y ética, un proceso espiritual y cultural colectivo. Debemos redescubrir hasta qué punto la cultura representa un recurso esencial para construir la paz. Apostar por la cultura es apostar por

la vida; es invertir en lo que la existencia tiene de más profundo, de más histórico y utópico, de más personal y más común. En la multiplicidad de sus lenguajes, es nuestro hábitat permanente. Es nuestro observatorio y taller; es nuestro diccionario y, al mismo tiempo, el cuaderno de lo que surge a diario y aún no está dicho en ninguna lengua; es nuestra identidad irreductible y nuestra forma de apertura a los demás. La poetisa portuguesa, Sophia de Mello Breyner Andresen, recordaba lo siguiente: "Aunque solo hable de piedras o brisas, la obra del artista (y, en ese sentido, la producción cultural) siempre viene a decirnos esto: que no somos meros animales acosados en la lucha por la supervivencia, sino que somos, por derecho natural, herederos de la libertad y la dignidad del ser". La artesanía de la paz depende de la capacidad de las culturas para dialogar y establecer lazos de hospita-

lidad. No podemos contemplar lo que hoy son los grandes desafíos humanos como si solo fueran cuestiones que tienen que ver con la sostenibilidad económica. Por ejemplo, la crisis de refugiados y migrantes que, a pesar del hartazgo de la opinión pública europea, sigue siendo una realidad. No debemos mirar a los refugiados como si solo tuvieran necesidades que satisfacer y no trajeran consigo importantes aportaciones culturales que constituyen una riqueza que no se puede ignorar.

Como recordó el papa Francisco en uno de sus mensajes para la Jornada Mundial de la Paz, "los emigrantes y los refugiados (...) no llegan con las manos vacías: traen un equipaje hecho de coraje, competencias, energías y aspiraciones, además de los tesoros de sus culturas de origen, y de este modo enriquecen la vida de las naciones que los acogen".

MÁS QUE UNA FOTO



José Pedro Manglano
Sacerdote y fundador de Hakuna

ENTREVISTA

«La Eucaristía es el beso de Dios que hace a Hakuna»

Adentrarse en las entrañas de Hakuna supone descubrir que no hay mejor refugio que el corazón de Dios, ni lugar más seguro que sus brazos compasivos. Su fundador, José Pedro Manglano, abre muy despacio su mirada para acrisolar sus ojos en los del Amado. Con los pies descalzos, reza abrazado al Cuerpo de Cristo, para no dañar la piel que custodia su caricia. Y recita cada verso de la Palabra desnuda, cosiendo sus latidos para preservar este milagro vestido de familia eucarística

Carlos González García
Periodista y escritor

El número 12 de la calle Mártires Concepcionistas de Las Rozas amanece con calma, como si el Amor estuviera acostumbrado a anidar cada día en su regazo. Tras la puerta siempre abierta del Estudio (como llaman a la sede) te recibe el Resucitado: enteramente vivo, sencillamente cuidado, adornando el eco delicado de un ostensorio bordado con mimo por unas manos que aman demasiado.

Permanezco ahí, *A solas* (así reza el nombre de la capilla), para que la Hostia fragüe y sane las partes rotas que siempre quedan en el alma. Y mientras me dejo hacer, una mano delicada de padre me invita a descubrir dónde mora la razón del precioso tesoro que esconde Hakuna: «Lo único importante es vivir la vida así, arrodillados, con los pies descalzos y con cara de resucitados». Es D. Josepe, el sacerdote que acompaña cada latido de Hakuna: un grupo de enamorados que ha revolucionado la forma de vivir la fe. Consciente de que solo la Vida da vida, abre la cancela de su corazón y, con mucho sigilo, va recogiendo del suelo las migas que Dios ha dejado a su

paso para ponerlas, cuidadosamente, en mis frágiles manos.

Su mirada marina y observadora pasa demasiadas horas junto a Quien le llamó para guiar esta barca que brotó, mar adentro, abrazando la hermosura del riesgo. Y me habla de un Vivo que seduce, enamora y sobrepasa. Con toda el alma, aunque a veces duela. Como lo hacen los poemas que desprenden, sin palabras, el silencio de dos almas que se aman; como la Hostia que impregna de belleza todo lo que toca...

¿Quién es José Pedro Manglano?

Soy un sacerdote al que le encanta la vida y la Iglesia.

¿Cómo experimentas, desde que eras un niño, que Dios te llama a ser enteramente entero y eternamente tuyo?

Yo soy el séptimo de una familia de nueve hermanos. Mis padres eran muy creyentes y, en cualquier acción, estaba presente la fe de una manera sencilla, verdadera y vivida. Estudié en el colegio de los Hermanos Maristas, en Valencia, y me preparé para la Confirmación en la parroquia de San Martín. En esa época, cuan-

do yo tendría doce o trece años, estaba un día en Misa y recuerdo que el sacerdote dijo que había ido un misionero a contar su vida. Le escuché y, tras aquello, no sé por qué (pues no hubo ningún impacto extraordinario), sentí una atracción por esa persona que se iba a un lugar para vivir dándose por entero...

Ese fue el primer momento en el que, sin tomar ninguna decisión y sin ninguna crisis ni nada, amigablemente me sedujo una vida así, entregada. Después, fui caminando y, gracias a un compañero de clase que iba a estudiar a un centro del Opus Dei, se me brindó hablar con un sacerdote y ese deseo de entregarme a Dios lo canalicé a través del contexto en el que estaba viviendo eso, que era en mi familia y en el Opus Dei.

Entonces, ¿el deseo de ser para Él lo tenías dentro desde hacía mucho tiempo?

Así es. Este año cumpla 32 años de sacerdote. Toda una vida derramada...

Y de aquella realidad sacerdotal que brotaba en tu corazón de una manera imparable, de repente nace algo—como es Hakuna—que

rompe todos tus esquemas, ¿no?

Desde que me ordené, los encargos que me han dado han estado relacionados con jóvenes. Estando aquí, en Madrid, de profesor y capellán en la universidad, y en la parroquia de San José María, en Aravaca, me pidieron si podía encargarme de comenzar con un grupo de jóvenes. Era en el año 2012 y el Papa nos había convocado a la JMJ de 2013 en Río de Janeiro, y pensé —junto con un par de chicos— empezar a prepararnos para la JMJ. Comenzamos a reunirnos los lunes y a la primera convocatoria vinieron ocho personas. Teníamos una charla y, en pocas semanas, pensamos que lo mejor era terminar con un rato de adoración. Exponíamos el Santísimo y rezábamos un rato. Después, empezamos a cantar con canciones que nos gustaban y, a lo largo de los meses, fue creciendo el número de chavales que venía. Comenzamos con treinta billetes de avión, se llenaron, compramos cincuenta, luego setenta... El caso es que, al final, fuimos 97 universitarios a la JMJ de Brasil.

¿Y lo que vivisteis allí es lo que vivís ahora?

Fuimos un mes entero a Nova Friburgo, una zona de

Brasil que había sufrido unos derrumbamientos terribles y donde hay un centro enorme de enfermos incurables; más de 400. De hecho, la monja que lo había comenzado, decía que era la Calcuta de Brasil. Estuvimos ayudando a los enfermos, en casas, en la cárcel... Las condiciones en las que vivían en el psiquiátrico eran tremendas, porque había caca y pis por todas las habitaciones, iban mal vestidos... Y a los chavales les produjo aquello una reacción tremenda de rebeldía, no había derecho a que algunas personas vivieran así... Citamos al alcalde, hablamos con el obispo e hicimos una protesta pidiendo un trato justo y digno a los enfermos. Fue un acto muy bonito. El alcalde se quedó impresionado y el obispo dijo que solo por eso había valido la pena todo nuestro mes allí. Muchos decían que era como estar en el Cielo. Lo mejor era que todos los días empezábamos haciendo una oración, una Hora Santa y la Eucaristía.

¿Podría decirse que Hakuna es una familia eucarística?

El inicio se da en torno a la adoración eucarística, y en aquella escapada a Río el punto distintivo y lo que per-

mitió vivir lo que vivimos claramente fue la hora de adoración de todos los días. Quien no lo ha vivido, no lo puede entender. Pero quien lo ha vivido, sabe que en ese momento todos nos reseteamos y recibimos de Cristo una unidad por el simple hecho de estar en su presencia. Él sana, libera y, aunque sea de una manera inconsciente, esa hora delante del Santísimo nos dejaba nuevos. Sin ninguna percepción de recibir lo que recibíamos. Pero, al final, te das cuenta que lo que ha hecho distinto esa experiencia vital fue la constancia de estar delante de Él. Ese estar ahí, delante de Él, cambiaba la forma de vivir. Y entendimos que nos queríamos y que, realmente, hacíamos familia, y que esa familia la había creado, sustentado y posibilitado la Eucaristía.

Una familia que nace del encuentro con el más necesitado...

Sin duda alguna. Hakuna estaba allí sin desarrollar y, luego, ha ido tomando forma y palabra. Aquello fue el núcleo que ahora estamos viviendo. Al retomar el curso, en la primera convocatoria que hicimos, vinieron 700 jóvenes, porque todo el mundo quería que sus amigos, compañeros y familiares lo cono-



ciesen. Sin tener conciencia de que allí empezaba nada, éramos conscientes de que habíamos vivido algo único de una manera entusiasmante. Al año siguiente fuimos a Calcuta. Y así, al volver, empezaron a hacerse grupos en distintas ciudades de España. Con el tiempo, nos planteamos que hubiera una institución que recogiese todo ese fenómeno y amparase a esos grupos. Ahí vimos la necesidad de institucionalizar lo que estábamos viviendo. Fuimos a Tierra Santa y todos los días dedicábamos un rato a rezar y a pedir al Espíritu Santo que nos iluminase para saber qué debíamos hacer. Finalmente, acordamos que

lo mejor era solicitar la aprobación de una asociación de fieles en la diócesis: verbalizar y ordenar las notas presentes en la vivencia que estábamos teniendo. De ahí surge el Decálogo, el nombre de los asociados, los miembros, etc. Y en noviembre de 2017 le presenté a D. Carlos Osoro una solicitud de aprobación con unos estatutos y respondió con la creación de esta asociación.

Hakuna es, en sí, una asociación de fieles. Pero Hakuna no es eso, ese es su traje. ¿Qué o quién viste ese traje?

El sastre, que es el Derecho Canónico. Este ofrece

una serie de trajes, como un casillero, y cada una de las casillas está reglamentada. Cuando surge una realidad, el trabajo tanto de la institución como de la Iglesia es ver qué casilla es la que más se adecua a esa realidad vital. Pero siempre teniendo en cuenta que el derecho está al servicio de la vida, y que lo importante es la vida que suscita el Espíritu. Viendo la realidad que había suscitado el Espíritu Santo en nosotros en ese tiempo y viendo el casillero, en un inicio en el que no hay nada, porque solo éramos un sacerdote con un montón de jóvenes viviendo un estilo de vida concreto muy de la calle, muy para

cualquiera, nos pareció que la forma que mejor se adecuaba era la asociación de fieles.

Y en ese carisma marcadamente trinitario, ¿qué importancia tiene vivir con los pies descalzos?

Esa canción corresponde a la vida de cualquiera que vivimos este carisma y seguimos aquí a Cristo, que es con la libertad, el abandono, la fe en la vida, en el fluir de la vida, el orden de lo orgánico... No ordena solo el horario y las previsiones, sino que todo lo orgánico tiene un orden y puede parecer desordenado

pero, al final, el Todo es armonioso. Si dejamos que la vida mande, que sea verdad y responda a lo que Dios va poniendo en nuestra vida, con las circunstancias y situaciones donde está Él, el Todo es bello. Y Todo necesita de todo. Pues ese estilo de vida que a algunos les puede parecer más hippie, más caótico, a otros incómodo por el descontrol de lo previsto, recoge muy bien el espíritu que Cristo transmite de la confianza, de la libertad de estar tranquilos... Y eso es vivir descalzos: chapotear en los charcos y disfrutar con el agua que cae. Esa libertad del niño es

la que permite vivir descalzo, sin pensar en que el zapato se me moja o en la humedad, sino que la libertad de vivir descalzo te permite disfrutar de todo y que, lo que parecería adverso, también es parte de la vida y tiene su belleza.

¿Por eso insistís tanto en la importancia de «bailar y dejarse de historias»?

Al cumplir treinta años de sacerdote, mientras preparaba la homilía que iba a pronunciar durante la Misa, quería contar que lo había vivido todo en la inconsciencia porque nunca había sido consciente de lo que Dios iba



haciendo conmigo. Yo iba viendo e iba bailando, y lo interesante de la vida es bailar y dejarse de historias. «Es que no entiendo», «es que no sé a dónde voy», «es que no sé cómo acabaré», «no sé qué será el año que viene», «no sé por qué me pasa esto a mí»... Todo ese vivir cuestionándome era estéril; y, sin embargo, Dios me había enseñado a vivir bailando y dejándome de historias. Ese mismo año, Marta Fernández, una *pringada* de Hakuna, tuvo un cáncer muy fuerte. Y aquello lo tomó como algo muy suyo: vivir el cáncer bailando y dejándose de historias. Y hay otra frase que ella decía mucho, a pesar de todos los dolores que tenía y que nunca se quejaba: «No es para tanto».

Y es una frase que, al final, recoge muy bien un estilo de vivir la vida: con los pies descalzos, bailando y dejándose de historias, y no haciendo tragedias porque nunca es para tanto.

El Cuerpo de Cristo está presente en cada latido de Hakuna. ¿Cómo es esto posible en una sociedad líquida como la que vivimos?

Sin fe es muy difícil entender lo que pasa. Sí que se pueden constatar hechos, pero claramente las personas

estamos aquí porque Cristo nos ha liberado, nos hemos encontrado en Él, nos ha sanado respecto al pasado, nos permite la paz... Y todo eso lo recibimos de Cristo Eucaristía, y de Él recibimos la manera de queremos. Así florece toda esa alegría, uno de los rasgos que sale tanto en el Decálogo de vivir con cara de resucitados, la alegría del resucitado, del que ha sido resucitado por Cristo, que le ha cambiado la vida. Es espontáneo, es natural, no es una estrategia de mercado, sino que lo recibimos de la Eucaristía y de la historia de salvación que cada uno ha vivido personalmente. Y eso brota.

Solo hace falta contemplar cómo cuidáis al Santísimo para descubrir que el beso, el abrazo y las puertas abiertas son la argamasa que da continuidad a todo...

Así es. La Eucaristía es el beso de Dios que hace a Hakuna. La Misa es donde recibimos el abrazo de Cristo, a nosotros y al mundo. Y es verdad que eso es lo que da continuidad a todo porque, luego, uno vive fuera de lo que ha recibido ahí. Entonces, el abrazado sale a abrazar y el besado a besar. Pero el que no sabe que Dios no confía en él, no sabe

confiar en los demás tampoco. La experiencia vital con Cristo y con Dios es la que nos enseña a ser hombres en plenitud y a vivir lo mismo que vivo con Él, porque es lo que quiero vivir con los demás. Lubac, un teólogo francés, dice que la Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía. Y toda realidad de la Iglesia, para que esté viva, tiene que estar dentro de esa relación. Y la Eucaristía hace a Hakuna, sin ninguna duda.

Esto se experimenta en cada encuentro de Hakuna.

Las Horas Santas tienen tres tiempos: uno es la charla o un contenido espiritual o litúrgico que actualice o ayude, luego la adoración y, después, el irse a tomar unas cervezas. Yo me acuerdo que, al principio, les decía que la tercera parte es tan importante como la anterior, porque primero estamos arrodillados ante Cristo Hostia y, después, ante Cristo en el hermano. Y saber escucharle, estar pendiente de él, hacerle el favor de tal, transmitirle tu alegría... Todo eso es servir a Cristo en el otro. Porque, como siempre decimos, arrodillados ante Cristo Hostia aprendemos a vivir arrodillados ante Cristo en el hermano. Todo

esto hace que, después, se viva en la familia.

¿Y, a veces, ante tanto amor desbordado e incomprendido, no aparece la crítica del sentimentalismo?

La sensibilidad es la que te despierta los sentidos, te da una embriaguez de Dios que libera el entendimiento para que uno pueda conocer más allá de la razón. El hombre no es razón, aunque necesita la razón, pero en el trato no todo es racional, aunque indudablemente tiene que ser todo contando con la razón, pero va mucho más allá. Y en el trato con Dios no es razón, no es conocimiento, no es información... Indudablemente hace falta una información; por eso se revela y nos cuenta, pero la finalidad de Cristo no es revelarnos, sino transformarnos, hacer una relación personal con Él y divinizarlos. Dicen los padres de la Iglesia que Dios se hizo hombre para que el hombre se haga Dios. Y uno de los elementos, qué duda cabe, es el conocimiento. Y aquí hay muchos medios para formarse doctrinalmente: el *soul college*, las charlas, los revolcaderos, las bibliotecas *online*, el decálogo... La información doctrinal es fundamental, pero es solo fundamental; no es todo. Un

noviazgo sin sensibilidad de uno de ellos acaba hiriendo mucho al otro, e impide la conexión, porque Dios es una persona, Dios es personal. La plenitud del deber no está en lo que cueste, sino en que sea hecho y que sea hecho con libertad.

Es muy arriesgado vivir solo de sentimientos y no de sensibilidad, ¿no?

Educar la sensibilidad es abrir mil puertas. Todos los padres de la Iglesia o los padres del desierto del mundo oriental hablan mucho de los sentidos interiores, hay una vista del cuerpo, pero hay una vista del corazón, el olfato del corazón, la vista del corazón, el oído del corazón... Todos esos sentidos interiores son sensibilidad, ¿no? Y ha estado presente siempre en la historia de la Iglesia. Ahora, cuando algo es solo sentimiento está muy cojo y no va a poder echar raíces ni vida; pero cuando algo crece con sensibilidad es mucho más rico y pleno y se adecua al ser del hombre. Al final, una religión de puro deber o de puro sentimiento no responde al hombre integro y, por lo tanto, no va a ser respuesta ni puede ser verdad.

Hay un lema que define vuestra mirada, y es Cantamos lo que vivimos y vivimos

lo que cantamos. ¿Las canciones vertebran la actividad de lo que sois?

No sé si la vertebran, pero sí la acompañan y traducen la vida. Porque la vida se traduce en canciones, y eso acompaña toda la vida de aquí. Cuando Dios educa al pueblo judío, le enseña a rezar con salmos que Él revela, y esos salmos saben recoger la angustia del hombre, la alegría, la alabanza... Todas las situaciones existenciales están recogidas en distintos salmos que permiten a quien los reza canalizar lo que vive con esas palabras. Y canalizarlo hasta Dios. Y las canciones son como salmos actuales: responden a la vida de cualquiera con Dios. Las canciones educan el alma, enseñan a vivir su realidad en un modo de relación determinada: de poner la angustia ante Dios, de agradecer...

¿Y qué puede aportar, y aporta, Hakuna a la Iglesia y a la vida religiosa?

Como todo carisma, es una realidad que Dios suscita para la Iglesia y no para uno mismo. Y la intención, por lo tanto, es de Él, y yo no la conozco... Sí que sé que el carisma siempre saca brillo a una de las riquezas de Cristo, y nuestro carisma responde a lo que decía san Pablo: vuestro ministerio es la reconciliación, todo lo que el pecado



ha dividido, volverlo a unir. Desde la Edad Media, creo que hemos vivido en la Iglesia un proceso de desencarnación de la fe, de separación, se ha ido dando una separación entre lo espiritual y lo material, entre lo sagrado y lo profano, entre la vida religiosa y la vida de descanso... Y toda esa división ha sido la madre del clericalismo y del secularismo. El secularismo es una consecuencia del clericalismo. Entonces, muchas veces no es tanto que el mundo se ha alejado de la Iglesia, sino que a veces la Iglesia se ha alejado del mundo. ¿Y cuál es la aportación? No sé, pero el carisma es la encarnación total de la fe y la espiri-

tualización progresiva de la carne y de todo lo que es material: la espiritualización del comer, de la fiesta, de la sexualidad... Que no quiere decir desencarnarla, sino plenificarla. Ese es el carisma y la misión de Hakuna, y vivir por eso una progresiva transfiguración, que es el camino espiritual que nosotros aceptamos de la vida de Cristo. Y hacerlo, hasta que el Espíritu estalla en la carne, en la mirada, en la sonrisa, en el dolor, en una copa, en un lloro, en un abrazo... En todo está el Espíritu encarnado, transfigurando la realidad física.

¿Es, quizá, necesario ese vino nuevo que viene a

estallar la carne del odre viejo?

Sí, posiblemente sí, aunque hay una prudencia y una cautela lógicas con realidades nuevas. Pero hay que vivir con apertura para dejarse sorprender y para que el Espíritu Santo hable. Normalmente, con los carismas Dios hace reventar algún muro bien intencionado que hemos hecho los hombres. Y quiere romper, romper y romper para que Cristo lo invada todo.

En el libro ¡Viva la vida! que acabáis de publicar, decís: «Lo que importa es que lo que se haga esté Vivo, que sea verdad». Un Vivo que



siempre escribes en mayúscula. ¿Por qué?

Porque es Él, es Cristo, y Él es la Vida. Lo único que edifica es la vida, y la Vida la tiene el Vivo. Es creer en Cristo Vivo, en la vida que mana de la Eucaristía, porque el Vivo vive libre con cada resucitado. La Vida la recibo gratuitamente del Vivo porque Él quiere y me quiere.

¿Y es posible hacer lío y, a la vez, romantizar la Belleza?

Sí, claro, es que la Belleza es romántica. Es romántica, pero no quiere decir ausente

de dolor, de cruz, de sufrimiento... Sino que es romántica porque es una historia de amor: de Dios con uno, en la que no nos falta ni nos sobra ninguna cruz ni adversidad. Todo es Belleza.

Sin duda alguna, vivís rendidos al encuentro con el Amado...

Como todo lo espiritual, la puerta la tiene el deseo. Es desear y, entonces, Él lo va realizando, porque Él vive dentro, porque yo estoy hecho a imagen y tengo una fuerza en mí que desea eso. Entonces, cuando yo reco-

nozco, deseo y espero recibirlo, el proceso se da.

El Decálogo del Pringado que incorporáis a vuestra vida de fe advierte que el modo de sazonar de Hakuna consiste en «sonreír cada día a todas las personas con las que nos cruzamos, mirar a los ojos a quien tratamos y dedicar con frecuencia tiempo y corazón a los que sufren».

Mirar a los ojos y sonreír es vivir la vida concreta delante de alguien, es reconocer que es una persona, que tiene su originalidad, que es dis-

tinto a mí, es un Tú. Mirar a los ojos es la toma de conciencia de ese tú, que admite la admiración, el respeto y la diversidad. Y sonreír es fundamental.

En vosotros, el amor a Jesús tiene mucho de táctil, de carnal incluso—Cristo presente en carne en el Pan—, porque también os comprometéis a cuidar un sagrario. ¿Por qué es tan importante para vosotros mimar esta vida del alma?

Todos somos seres de cuerpo. De hecho, nosotros nos veremos como cuerpo: tocaremos, viviremos, leeremos, escucharemos a Dios. Nuestra resurrección es con un cuerpo y necesitamos expresarnos, y Dios sabe que lo necesitamos con el cuerpo. Y, por eso, tener una presencia física del Trascendental, del Espíritu puro —como es la Eucaristía— es la respuesta de Dios a la necesidad del hombre, que nos ha creado. Es una preciosa historia de amor.

¿Y qué habita en el corazón de Hakuna?

La alegría de ser amado y de ser resucitado.

¿Al final es poco una vida para darla?

La verdad es que cuando entras en esa relación con

Dios y con el mundo, te faltan días para darlos; y te gustaría que el día tuviese más horas para poder hacer mil cosas que no te dan. Desde luego, ¡qué poco es un día para darlo!, sí.

Para darlo con todo...

Y con toda el alma.

Dios horada y cincela, con ternura, la belleza del riesgo. A pesar de todo el esfuerzo, las horas gastadas y las heridas que más cuesta cicatrizar, Josepe, ¿Cristo Hostia lo merece todo por amor?

Solo puedo decir que sí. Cristo está presente continuamente en Hakuna, porque entendemos que de ahí recibimos la vida. Recuerdo que, recién ordenado, escribía que el mundo se divide en dos personas: los que tienen conciencia de la presencia del Señor en la Hostia y los que no. Y creo que, después de treinta años que lo escribí, es verdad. Estoy absolutamente convencido de que la vida, afectivamente, sería distinta sin la presencia de Cristo en el Sagrario. Es que es una presencia, no es creer que ocurra algo, sino que permite vivir acompañado. Hay un refugio siempre, un lugar. Cuando Cristo me sube a la montaña, vamos a ese rincón donde estamos juntos Él y

yo. Vivir con el Sagrario es vivir en un rincón en el que estamos Dios y yo. Y, lógicamente, cambia la existencia, igual que la cambia tener cerca a tu madre o a tu mujer. Cuando habita la presencia de un amado y de un amante en un lugar, la vida cambia, y por eso el mundo se divide en dos...

¿Y solo tiene sentido si el Vivo lo envuelve todo?

Absolutamente. Lo que procuramos aquí es vivir de rodillas, que quiere decir mirar con respeto y siempre al servicio, someternos a cualquier necesidad o realidad que entendemos que es buena para el que tenemos al lado, sea de Hakuna o sea de lo que sea, un hijo de Dios con el que nos cruzamos por la calle. El procurar servir, servir, servir. El servicio es la expresión en actos del amor.

Recoge muy bien lo que decía Cristo: «Yo no he venido para ser servido, sino para servir»...

El carisma de Hakuna es vivir con el gozo y la alegría de ser cristiano, vivir dentro del abrazo del Dios vivo. Hakuna se traduce en amar hasta derramar sangre y apostar por la vida hasta derramarla. Vivir de rodillas, abrazados y abrazando. 



La vida humana entre la razón y la pasión

Educar es siempre humanizar, completar lo incompleto,
acabar lo inacabado de la naturaleza, en cuyo proceso
la voluntad del educando es fundamental

Enrique Gervilla Castillo

Catedrático emérito CC. de la Educación. U. Granada

Construimos nuestra vida tomando diariamente múltiples decisiones, desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, pues de este modo formamos nuestra personalidad y damos a conocer a los demás nuestro modo de ser. Estas decisiones dependen de nuestra voluntad definida como “la capacidad humana de tomar decisiones y realizar acciones u omisiones, momentáneas o perseverantes, de modo consciente y libre”.

Así pues, toda decisión está acompañada previamente del conocimiento, por cuanto el ser humano es animal racional; de la deliberación en la que en la que se analizan “pros” y “contras”, en este proceso reflexivo; de la decisión en la que se analizan los motivos racionales y emocionales. Y finalmente de la ejecución por la que la voluntad actúa o ejecuta lo decidido como bueno.

Estas decisiones son de tal importancia que popularmente se ha considerado como signo de una buena o mala persona. Así se han popularizado expresiones tales como: “persona de buena voluntad” o “persona de mala voluntad”, “tener o no voluntad”, “quitar la voluntad a alguien”, “última voluntad”, “voluntad férrea”, etc.

EL CONFLICTO ENTRE LA RAZÓN Y LA PASIÓN

En toda decisión inciden, a veces de modo enfrentado, la razón y la pasión y en cuya batalla siempre termina con el triunfo de una u otra, pues no siempre coinciden, en la misma dirección, razón y pasión: el placer y el deber, lo que me gusta y lo que es bueno, el ser y el deber-ser.

La armonía del animal ha quedado así positivamente rota en los humanos, sin que sea posible –como ya escribió Platón– identificar bien con placer y mal con dolor, por lo que, en *Gorgias*, hace decir a Sócrates: “Los bienes, amigo mío, no son lo mismo que los placeres, ni los males que los sufrimientos. ¿Placer es aquello cuya presencia nos produce goce, y bien aquello con cuya presencia somos buenos? La cosa más vergonzosa no es ser abofeteado injustamente, sino cometer injusticia”.

La vida de cada persona manifiesta diariamente la “agonía” o lucha ineludible entre uno y otro valor, viéndonos sometidos a una decisión cuando ambos son irreconciliables. “En el hombre –como ya escribió Pascal– hay una guerra intestina entre la razón y las pasiones (...). Poseyendo una y otra, no puede estar sin guerra, dado que no puede estar en paz con una parte sin hallarse en guerra con la otra. De este modo el hombre se halla siempre dividido y contrario a sí mismo”.

Desde el inicio del día, cuando suena el despertador, ya he de optar entre la cama y la puntualidad en el trabajo; es frecuente tener que decidir entre el estudio y la Tv.,

entre el sexo o la pureza, entre la venganza o el perdón o entre el esfuerzo o el placer... Estos y otros muchos momentos de nuestra vida manifiestan la permanente

opción, a la que estamos sometidos, al tener que decidir entre lo que vale y lo que me gusta... Así, la conciencia nos obliga a resolver la dicotomía entre las tendencias animales y los deseos racionales.

En toda decisión inciden la razón y la pasión



LA IMPORTANCIA DE EDUCAR DE LA VOLUNTAD

De aquí la importancia de la formación de la voluntad, que no es una tarea espontánea, cual la respiración o la circulación de la sangre, sino que implica una serie de esfuerzos intencionadamente planificados. Ello exige, por parte del educan-

La educación es una conquista... una carrera

do, querer educarse. Es una tarea ineludible en la que cabe la ayuda pero no la sustitución, como comer, dormir o estudiar. Los educadores no somos más que colaboradores, sembradores o cuidadores. Educar es siempre humanizar, completar lo incompleto, acabar lo inacabado de la naturaleza, en cuyo



proceso la voluntad del educando es fundamental.

La repetición de decisiones humanas y humanizadoras, generando hábitos en el educando, es la finalidad de la educación, pues tales hábitos y actitudes generan una “segunda naturaleza”. Las virtudes, al igual que las actitudes, solo se conquistan mediante la constante repetición de actos de justicia, de templanza, de perdón etc. La persona se hace justa ejecutando accio-

nes justas, templadas, ejecutando acciones de templanza, misericordiosa, ejecutando el perdón... Y si no se practican actos de este género es imposible que nadie llegue a ser virtuoso.

En opinión de A. Manjón: “Persistir en el bien comenzado hasta el fin es ser perseverante. La perseverancia es la virtud de los éxitos, es la fortaleza coronada. La perseverancia supone: un alma bien convencida, una voluntad robusta, firme y decidida, el hábito del trabajo y de la lucha en contra de los enemigos, y el deber de una conciencia resuelta, cumplir lo propuesto y terminar lo comenzado”.

La educación es así una conquista, una carrera (*curriculum*), no un regalo, que necesita para llegar a la meta lo mismo del esfuerzo que del placer. Uno y otro son necesarios para construirse como persona libre, pues la vida y con ella la libertad se nos ha dado, pero no se nos ha dado hecha, el hacerla es la tarea de la educación. Ésta se orienta a hacer personas autónomas y libres que sepan, quieran y puedan elegir el bien, superando las situaciones opuestas. 

BIBLIOGRAFÍA CITADA

PASCAL, B., (1963) *Oevres complètes*, Éditions du Seuil, París, p. 586.

PLATÓN, *Gorgias*, pp. 466 y ss.

MANJÓN, A., (1945) *El maestro mirando hacia dentro*, Patronato de las Escuelas del Ave María, Granada, p. 104.



A vueltas con el liderazgo

Gonzalo Fernández Sanz, cmf

Director de la editorial Publicaciones Claretianas

El tema del liderazgo está de moda. En la Iglesia se prefiere hablar de servicio de autoridad. En ambos casos, la referencia última es Jesús y su manera de conducir/pastorear (liderazgo) o de hacer crecer a sus seguidores (autoridad). En la vida consagrada estamos inmersos en procesos de transformación. En algunas regiones (Europa y América) vivimos una etapa de reducción numérica y de envejecimiento generalizado. En otras (África y Asia) los desafíos vienen, sobre todo, del aumento de las vocaciones, de las necesidades formativas y de la inculturación de los carismas. Para que incidan eficazmente en la renovación de las personas y comunidades, todos estos procesos, en cualquiera de los contextos anteriores, necesitan un liderazgo inteligente, articulado y compartido.

Lo que sucede con frecuencia es que las personas elegidas o designadas para servicios de gobierno carecen de la preparación necesaria para ejercerlos con competencia y eficacia. Nadie entra en un instituto de vida consagrada para ser superior local, provincial o general. Es algo que adviene, por lo general, sin una preparación específica e inmediata, si bien todo el camino recorrido constituye la mejor preparación remota. La experiencia muestra asimismo que bastantes líderes (superiores, consultores, etc.) se queman en el ejercicio de sus tareas por no vivirlas como verdadera misión y por no encontrar los apoyos necesarios en momentos de crisis o dificultad. No basta con organizar algunos encuentros formativos para los superiores mayores o locales. Es necesario involucrar también a los miembros de

los consejos y a otras personas que ejercen funciones de liderazgo en las comunidades y provincias en el marco de una verdadera sinodalidad.

Muchos institutos están poniendo en marcha iniciativas con este propósito. Para ello, cuentan no solo con las orientaciones ofrecidas por la Iglesia y con la sabiduría de sus propias tradiciones, sino también con significativas aportaciones de las ciencias humanas sobre el liderazgo.

El empresario y filántropo Warren Buffet solía decir una frase que, aunque nacida en el ámbito de la empresa, puede aplicarse a la vida consagrada: “Cuando contrato gente, busco tres cualidades: Integridad, Inteligencia e Interés [las tres famosas I]. Si no tienen la primera, las otras dos te matarán”. No hay nada más peligroso que un superior inteligente y con gran interés, pero sin integridad moral. Lo deseable es que se den las tres cualidades en una proporción equilibrada. La preparación para ejercer el servicio de la autoridad no puede reducirse a ofrecer técnicas de liderazgo. Exige cultivar la idoneidad espiritual y moral de las personas a las que se les confía. Aplicando a la vida consagrada conceptos del mundo secular, podemos decir que un superior ético une a los miembros del propio instituto, provincia o comunidad en torno a un proyecto común. Sabe lo que puede hacer (competencia) y quiere lo que debe realizar (excelencia). Un superior tóxico, por el contrario, divide a los miembros de su comunidad manipulándolos para lograr su interés personal o grupal. Sabe lo que puede hacer (competencia), pero quiere lo que no debe ejecutar (mezquindad).

Ha habido épocas recientes de la historia en las que hemos tenido excelentes líderes éticos, tanto en el campo de la política como en la Iglesia. Podemos recordar, por ejem-

plo, a quienes pusieron los fundamentos de la actual Unión Europea: Robert Schuman, Alcide De Gasperi, Konrad Adenauer y Jean Monnet. Cuando soñaron una Europa unida, el continente estaba saliendo de la Segunda Guerra Mundial. La situación moral y económica era desastrosa. En ese contexto desafiante se atrevieron a no pensar solo en sus intereses nacionales, sino en una salida conjunta de la crisis que asegurara la futura paz del continente. Lo mismo ha sucedido con otros líderes como Mahatma Gandhi, Martin Luther King o Nelson Mandela. O, en el caso de la Iglesia, con los papas que han guiado la renovación posconciliar. Hoy, por desgracia, al menos en el mundo secular, parecen dominar los líderes tóxicos. La falta de una visión humanista y la polarización están amenazando la paz mundial.

¿Cómo promover en nuestros institutos de vida consagrada un liderazgo ético y carismático que tome en serio el enfoque sinodal en que estamos embarcados? ¿Cómo unir a las personas en torno al proyecto común evitando los peligros de división, rutina o desaliento?

Consciente de estos retos y necesidades, mi Congregación ha puesto en marcha un proyecto de formación de líderes con tres objetivos:

- Promover una cultura del discernimiento a todos los niveles (sobre todo, en las personas con responsabilidades de liderazgo).

- Ayudar a los líderes a crecer como personas y como responsables de comunidades y actividades pastorales.

- Capacitar al mayor número posible de religiosos para el ejercicio de un “liderazgo discerniente” en el marco de las orientaciones eclesiales y congregacionales y con ayuda de las aportaciones recientes de las ciencias humanas. 



Leer, formarse, pensar y decidir...

Francisco Javier Caballero, CSsR



CARLOS L. GARCÍA ANDRADE,
DIVERSIDAD COMO COMUNIÓN.
PCL, MADRID 2023, 189 pp.

En el actual contexto de sinodalidad adquieren especial significado las relaciones mutuas entre las diversas formas de seguimiento de Jesús. Carlos Andrade, teólogo y profesor del Claretianum de Roma se propone con esta obra señalar la diversidad como argumento de comunión y no como problema. La desaparición de la cristiandad como configuración social en Occidente por la secularización y la reducción de lo religioso al campo de lo privado ha sustraído el soporte social a las vocaciones cristianas

públicas. Sacerdocio, vida consagrada y matrimonio cristiano han perdido su identidad social y tratan de encontrar su lugar en esta sociedad.

Dentro de una visión de la Iglesia como «comunión en la diversidad», el libro estudia las tres formas de vida cristiana fundamentales (sacerdocio, laicado y vida consagrada) llamadas a complementarse, iluminarse y enriquecerse. Creemos que, particularmente, para la vida consagrada esta obra es muy necesaria para que crezca la convicción en la necesaria circularidad.



LEONARDO BOFF
EL PADRENUESTRO.
SAN PABLO, MADRID 2023, 191 pp.

Es difícil ofrecer un texto sobre el padrenuestro que destile novedad. Leonardo Boff, por supuesto, lo logra. En el prefacio nos dice el autor que responde esta oración al proyecto original de Jesús, resume en esta oración su intención fundamental. Con auténtica maestría y, a la vez, ofreciendo un texto sencillo, Boff, nos permite reflexionar sobre la oración universal entendiéndola en su plenitud. Como él mismo afirma: «Solo estamos en el seguimiento de Jesús y asumimos su legado si unimos el Padre nuestro como el pan nuestro en el marco del Reino (...). Debemos ser fieles a la sagrada herencia de Jesús: unir el cielo y la tierra, nuestro Padre y nuestro pan». Se trata de un texto muy propio para un itinerario personal de reflexión y crecimiento, pero también es una propuesta muy sugerente para la formación continua de los espacios comunitarios que, desde cada una de las invo-

caciones y peticiones del padrenuestro, puede discernir sobre las decisiones de vida y misión que debe afrontar y, sobre todo, desde dónde han de fundamentarse. Es una obra especialmente útil para ensanchar la visión sobre la fraternidad y las consecuencias que ha de tener en la transformación social.



MERCEDES NAVARRO PUERTO,
PRETÉRITO PERFECTO.
VERBO DIVINO, ESTELLA 2023, 191 pp.

Es indudable que amén de todo lo vivido social, cultural, política y eclesialmente... por nuestro interior circulan infinidad de emociones, sentimientos, búsquedas y vales que no pocas veces quedan en lo secreto de la propia vida. Mercedes Navarro, religiosa mercedaria, teóloga feminista comprometida con la causa de la mujer, nos ofrece una obra singular. «No es una biografía, pero la autora habla de sí misma. No es una novela, pero podría serlo. No es un ensayo, pero es reflexivo. No

es teología, aunque contiene mucha. No es un libro moral, pero sí honesto». Y es que *Pretérito perfecto*... es todo eso y mucho más.

Dice la autora como subtítulo Setenta años cumplidos y medio siglo de vida religiosa. Nos parece que es una obra necesaria para buena parte de la vida consagrada, mayoritariamente situada en esa década y en su inmensa mayoría femenina. Nada como ir desgranando páginas y descubrir en ellas, por escrito, lo que tantas veces pensaste, sentiste y deseaste desde la configuración con Cristo en tu vida consagrada...

La autora estructura la obra en pretéritos perfectos muy significativos: he soñado, he sufrido, he amado, he gozado, he pensado, he creído, he evolucionado... son los pretéritos de la vida, los pretéritos de una existencia sentida y con sentido.



PABLO GARCÍA-VALDECASAS
NO ESTAMOS AQUÍ PARA SOBREVIVIR.
KHAÏ, MADRID, 344 pp.

Frecuentemente, en la vida consagrada, pero también en otras formas de vida, vamos viviendo sin acabar de ser protagonistas de aquello que queremos. En no pocas ocasiones, buenas propuestas de crecimiento comunitario, quedan sin fuerza porque las personas están en otra búsqueda interior. El arte de conjugar lo comunitario con el proceso personal es uno de los retos mayores del liderazgo para nuestro tiempo. La obra de Pablo García-Valdecasas es una buena herramienta para que cada persona tome el pulso de la vida, descubra qué vive y desde dónde lo vive. Así lo expresa el propio autor: «cada vez soy más consciente de que es el camino del auto-conocimiento, del viaje interior, el que nos lleva a vivir con mayor plenitud, y a darnos cuenta de lo que somos. Y cuando vivimos desde ahí, desde el interior, tomamos más consciencia de lo que hacemos bien, de lo que no hacemos bien, y de las cosas que son necesarias cambiar». Se trata de una obra eminentemente práctica, concreta, gradual y adecuada a cada etapa de la vida. Sin duda, la gran transformación de la vida consagrada consiste en el fortalecimiento de las convicciones de los consagrados y consagradas y este libro puede ayudar a ello.

LA SONRISA EN LA MIRADA



**¡No puedo ser
como vosotros!**

Jorge A. Sierra

HERMANO DE LA SALLE

DELEGADO DE PASTORAL DEL DISTRITO ARLEP DE ESPAÑA Y PORTUGAL

No es la primera vez que me encuentro ante expresiones similares, pero esta vez me dieron mucho que pensar. En un encuentro personal de acompañamiento con un joven majísimo, de esos que rezuman generosidad, compromiso y alegría (y, ojalá, “vocación”, me decía yo para mis adentros) me dice: la verdad es que los Hermanos sois excepcionales (¡gracias!).

¡Siempre trabajando! (¡oh, no!). En la vida podría ser como vosotros... (¡adiós!). Pero el caso es que no fue solo una frase sin más. Tenía sentido en todo su argumento: os veo siempre dispuestos, las vacaciones para la pastoral, venga a trabajar y a ir de un lado a otro, se os ve tan cansados... por eso me siento totalmente incapaz siquiera de imaginar vivir así, tiene que ser muy difícil.

Y el caso es que tiene razón, desgraciadamente.

Es conversación habitual entre religiosos más jóvenes que rápidamente surjan como el número de responsabilidades no ha bajado —más bien todo lo contrario— pero lo que sí ha disminuido es el número de efectivos.

Afortunadamente la misión no depende en exclusiva de los religiosos, pero a veces hay lugares, hay momentos... en los que es mejor que esté un religioso, por mil razones (y esto último se lo he oído a no pocos seglares, a los que en vano he intentado hacer cambiar de opinión).

Es, por lo tanto, habitual, vivir en un lugar... pero “hacer presencia” en otro u otros dos, formar parte de mil equipos (que nos lo digan a los de pastoral) y, en definitiva, querer parecer superhéroes con mil bra-

zos. Y no lo somos, de hecho, ni de cerca.

Alguno tenía la esperanza durante el confinamiento, cuando todo se paró, de que volverían muchas actividades, pero no todas, con más racionalidad, con mayor discernimiento.

¡Ojalá haya sido así en algún lugar, porque aún no lo he visto! Y conste que no me gusta la pasividad, ni el sentirte tan “ajeno” a la misión que parece que no va contigo, ni el decir “ya no me toca”, pero tampoco hacer y aparentar ser tanto que no solo no seamos atractivos... es que parecemos inalcanzables.

¡Ah! Y también cuidar lo que expresamos, no sea que en nuestras conversaciones mostremos solo prisas, responsabilidades y agobios, ¿quizás para esconder nuestra inseguridad tras la disponibilidad?

AL VIENTO DEL ESPÍRITU



AULA DE VIDA CONSAGRADA

2023 | 2024



[PROGRAMA FORMACIÓN PERMANENTE]

18 septiembre 2023 | 20 mayo 2024

Modalidad presencial | Lunes y martes, de 17:30 h. a 20:00 h.

Información:



C/Juan Álvarez Mendizábal, 65 dupdo.
28008 | Madrid



+34 626 278 077



+34 915 401 273



secretaria@itvr.org

TEMARIO





PROCLADE
FUNDACIÓN
ONG PROMOVIDA POR LOS MISIONEROS CLARETIANOS

Con tu ayuda puedes hacer sus sueños realidad
¡APADRINA!

Colabora con 70 céntimos al día para cambiar la vida de cientos de personas.



Entra en nuestra página web o llámanos



fundacionproclade.org

913 14 78 71